



HERALDOS DEL EVANGELIO

N.º 270 - Enero 2026



*Fe y razón,
un casto connubio*

Todos le aman, pero de diferentes maneras

El hombre se entrega todo por el amor, y se entrega tanto cuanto ama; está, pues, enteramente entregado a Dios, cuando ama enteramente a la divina bondad, y cuando está de esta manera entregado, nada debe amar que pueda apartar su corazón de Dios.

En el Paraíso, Dios se dará todo a todos, y no en parte, pues Dios es un todo que carece de partes; mas, a pesar de esto, se dará diversamente, y las diferentes maneras de darse serán tantas cuantos sean los bienaventurados, lo cual ocurrirá así porque, al darse todo a todos y todo a cada uno, no se dará totalmente ni a cada uno en particular, ni a todos en general. [...]

Todos los verdaderos amantes son iguales en dar todo su corazón, con todas sus fuerzas; pero son desiguales en darlo todo diversamente y de diferentes maneras, pues algunos dan todo su corazón con todas sus fuerzas, pero menos perfectamente que otros. Unos lo dan todo por el martirio, otros por la virginidad, otros por la pobreza, otros por la acción, otros por la contemplación, otros por el ministerio pastoral, y, dándolo todos todo, por la observancia de los mandamientos, unos, empero, lo dan más imperfectamente que otros.



Reproducción

San Francisco de Sales - Copia de un retrato
realizado en 1618

El precio de este amor que tenemos a Dios depende de la eminencia y excelencia del motivo por el cual y según el cual le amamos. Cuando le amamos por su infinita y suma bondad, como Dios y porque es Dios.

SAN FRANCISCO DE SALES.

Tratado del amor de Dios. Sevilla:

Apostolado Mariano, 1984, pp. 207-208.

HERALDOS DEL EVANGELIO

Año XXIV, nº 270, Enero 2026

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliza C.

Edita:
Editorial VERUM S.A.
Alcalde Eduardo Castillo Velasco 2345
Ñuñoa, Santiago de Chile
ISSN:0717-7690

Suscripciones:
Chile:
Santiago:
Alcalde Eduardo Castillo Velasco 2357, Ñuñoa
Tel. (56) 226 667 090 - 226 667 088
+56 9 7335-5966
heraldos@heraldosdelevangelio.cl

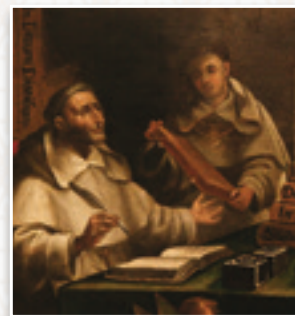
Uruguay:
Montevideo: Lanús 5880
Tel. (598 2) 2321 4963
fatimauy@adinet.com.uy

Imprime: A Impresores S.A.

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

➤ PREGUNTAN LOS LECTORES.....	4
➤ EDITORIAL	
Fe, razón y mentalidad.....	5
➤ LA VOZ DE LOS PAPAS	
«Nos hiciste, Señor, para ti».....	6
➤ LA LITURGIA DOMINICAL	
Madre del Príncipe de la paz y	
Madre nuestra.....	8
Cuando Dios nos llama.....	9
La importancia del bautismo.....	10
La revelación de los principales misterios	
de nuestra fe.....	11
La irrupción de la Luz en la historia.....	12
➤ EJEMPLOS QUE ARRASTRAN	
Junto a María, todo tiene solución.....	13
➤ TESOROS DE MONS. JOÃO	
Estudio de la doctrina católica:	
¿opción o deber?.....	14
➤ TEMA DEL MES – FE Y RAZÓN	
Multiplicidad, jerarquía y armonía	
del universo.....	18
La razón en la clausura.....	22
➤ UN PROFETA PARA NUESTROS DÍAS	
Razonar con base en los principios de la fe.....	26
➤ ¿QUÉ DICE EL CATECISMO?	
El fuego santo de la fe de María.....	29
➤ ESPIRITUALIDAD CATÓLICA	
Mirando al cielo, en busca de Dios.....	30
➤ ¿SABÍAS.....	33
➤ HISTORIA, MAESTRA DE LA VIDA	
La conversión de Francis Collins –	
Y la ciencia se inclinó ante la fe.....	34
➤ SANTO TOMÁS ENSEÑA	
Una insensatez en la que	
ni siquiera los demonios creen.....	37
➤ VIDAS DE SANTOS	
Beato Enrique Suso – Un amigo	
de la cruz.....	38
➤ DOÑA LUCILIA –	
LUCES DE UNA MATERNAL INTERCESIÓN	
Madre y protectora siempre solícita.....	42
➤ HERALDOS EN EL MUNDO.....	46
➤ TENDENCIAS Y MENTALIDADES	
Concepción inmaculada versus	
Inmaculada Concepción.....	50



Francisco Lecaros

14 El estudio de la doctrina es una obligación moral



Leandro Souza

22 De las castas nupcias entre fe y razón procede la sabiduría



Reproducción

26 Cómo un niño descubrió lo que muchos ignoran



Bundesarchiv (CC by-sa 3.0) / Reproducción

50 Dos mentalidades, dos programas de vida

Envíe las preguntas para el P. Ricardo al correo
preguntanloslectores@heraldos.org



✠ P. Ricardo José Basso, EP

Algunos dicen que Dios castiga, otros, que perdona, porque es misericordioso. ¿Cómo es posible entender que el mismo Dios sea justo con unos y clemente con otros? ¿Será porque las personas están predestinadas?

Lucas Ferreira – Río de Janeiro

Durante muchos siglos, la teología ha buscado explicar esa aparente «tensión» entre el rigor y la misericordia en Dios. Por un lado, vemos a Dios, ofendido por el pecado, infligiendo inmediatamente al culpable el castigo que se merece. En otras ocasiones, por el contrario, contemplamos en el mismo Dios un pasmoso derroche de bondad. Basta leer las Escrituras para constatar esta realidad.

Para algunos, la justicia divina se manifiesta sobre todo en el Antiguo Testamento, mientras que el Nuevo representa un giro radical en la línea de la misericordia, como lo demuestran ciertos ejemplos sorprendentes, como el perdón concedido a la mujer adúltera (cf. Jn 8, 3-11), el diálogo de Jesús con la samaritana (cf. Jn 4, 7-26) y, finalmente, la súplica de perdón en el Gólgota en favor de quienes crucificaban al Señor (cf. Lc 23, 34).

Esta concepción acerca de la oposición entre rigor punitivo y misericordia llegó al absurdo del filósofo gnóstico Marción, según el cual había una discontinuidad completa entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, hasta el punto de considerar que en uno y en otro se revelaban dioses distintos.

A partir de la reflexión cristiana sobre la fe, y especialmente en el libro *Cur Deus Homo?* —¿Por qué Dios se hizo hombre?—, de autoría de San Anselmo, se buscó dar una explicación conciliadora, por así decirlo, a lo que pintorescamente se ha llamado el «conflicto de las hijas de Dios», que vendría a ser esa aparente tensión, o incluso contradicción, entre las exigencias de la justicia y las de la misericordia en el seno mismo de la Trinidad. La solución encontrada por Dios para aplacar la justicia y, al mismo tiempo, derramar su misericordia habría sido la pasión de Cristo. En la cruz, la justicia era aplacada en la Víctima sagrada y, por medio de esta misma Víctima, los torrentes del amor y del perdón se derramaron sobre los pecadores.

Sin embargo, será Santo Tomás quien explicará plenamente la cuestión (cf. *Suma Teológica*, I, q. 21), tratando de razonarlo más desde Dios mismo, en quien todas las perfecciones se hallan bien unificadas en la maravillosa simplicidad de su esencia.

Para comprender la propuesta del Doctor Angélico, conviene recordar algunos principios esenciales de la filosofía escolástica, empezando por el que dice que Dios no ama como los hombres. Éstos aman lo que es amable, lo que atrae. Nadie ama a primera vista medio kilo de harina, sino más bien, una rica tarta... Por lo tanto, para obtener el afecto del hombre, cabe que algo sea bueno, deseable. Dios, por el contrario, al amar a sus criaturas, las hace amables. Nadie es bueno si el amor divino no lo hace así (cf. *Suma Teológica*, I, q. 20, a. 2). Como puede verse fácilmente, se trata de un cambio de perspectiva muy importante.

Por consiguiente, para Santo Tomás, la misericordia consiste en la capacidad de corregir cualquier deficiencia y, en este sentido, la creación y la Redención son manifestaciones radicales de la misericordia de Dios. Por otra parte, para él la Pasión —aunque en cierto modo se haya producido para aplacar la justicia— constituye sobre todo una grandísima obra de misericordia, ya que por ella el Señor nos revela la plenitud de su amor.

¿Qué sería, entonces, la justicia en Dios?

Esta se manifiesta principalmente en dos aspectos. Primero, en la medida exacta en que Él distribuye las gracias. No hace a todos los seres humanos excelentes en grado máximo, sino que crea una desigualdad entre ellos, que depende del amor con que recompensa a cada uno: a unos más, a otros menos, pero a todos con abundante generosidad, según el Aquinate.

En segundo lugar, en la punición del mal. Hay que tener en cuenta que los castigos infligidos en esta tierra tienen una carga de misericordia mayor que de justicia, pues, aunque son dolorosos, abren los corazones a la conversión, los purifican y los elevan a la consideración de las realidades espirituales. Santo Tomás explica que, cuando se trata del castigo eterno, Dios condena al pecador después de que éste haya rechazado todos los recursos de la misericordia. E incluso en el caso de la condena al Infierno, Él, en su bondad, atenúa las penas debidas. ✠

FE, RAZÓN Y MENTALIDAD

La armonía entre fe y razón es uno de los elementos cruciales de la teología católica. Ya en el siglo II, San Justino proclamaba que el cristianismo era «la única filosofía segura y útil» (*Dialogus cum Tryphone judæo*, c. VIII, n.º 1), y Clemente de Alejandría denominó al Evangelio «la verdadera filosofía» (*Stromata*. L. I, c. 18, 90, 1).

Santo Tomás de Aquino elaboró la mejor síntesis sobre esa interrelación. Sin la fe, pocos alcanzarían el conocimiento de Dios, pues la vía puramente racional es ardua y difícil, rara vez inmune a las dudas e incluso a las falsedades. Sin embargo, la razón resulta indispensable para demostrar los preámbulos de la fe, esclarecer sus verdades y refutar a sus opositores.

Lutero abrió una escisión no sólo en la Iglesia, sino también en el propio connubio entre fe y razón. Profundamente antitomista, para él la razón es una «prostituta del diablo» y la fe una mera confianza subjetiva. Bastaría creer —*sola fides*— para salvarse. La Reforma protestante, al excluir de la fe el elemento razón, la despojó de su propia esencia. De hecho, la fe es un hábito de la mente, de modo que todo auténtico acto de creer consiste también en un acto intelectual.

Bajo la arrogancia ilustrada, la Revolución francesa persiguió a la Iglesia y al clero con el fin de subvertir la religiosidad en un falso culto a la «diosa razón». En honor a esta deidad, representada por una meretriz, se celebraron festines blasfemos en varias catedrales convertidas en provocadores «templos de la razón».

La Revolución comunista se erigió en omnipotente, a la vez que insertó la religión y a los hombres de fe en la dialéctica opresor-oprimidos. En el fondo, en la visión marxista, la fe, la razón y el Estado se identificarían, ya que el pueblo necesitaría creer incondicionalmente en el Estado-Leviatán que marcaría las pautas de la «razón» para todas las cosas.

El siglo XX engendró varias revoluciones, como la estudiantil de mayo de 1968, la tribalista y las culturales de diversa índole, todas ellas con un denominador común: pusieron especial empeño en influir en las tendencias sensitivas humanas, promoviendo así una fe ciega en la irracionalidad, a veces bajo la máscara de la defensa de la «ciencia» y de la «ilustración».

Una solución genuinamente católica supondría el restablecimiento de la auténtica armonía entre fe y razón. Sin embargo, es necesario ir más allá. La fe está muerta si no está revestida de la caridad (cf. Sant 2, 17), y toda sabiduría que no viene de lo alto es «terrena, animal, diabólica» (Sant 3, 15). Por eso, es indispensable también moldear la mentalidad según las cosas del Cielo (cf. Col 3, 1), donde reside la verdadera sabiduría. En palabras del papa León XIV, «sólo en una vida conforme al Evangelio se realiza la adhesión a la verdad divina que profesamos, haciendo creíble nuestro testimonio y la misión de la Iglesia» (*Discurso*, 26/11/2025).

La fe únicamente es un anticipo de la visión beatífica, en donde la razón silogística dará paso a la intuición pura de la Santísima Trinidad. En la patria contemplaremos a Dios «tal cual es» (1 Jn 3, 2), por la luz de la gloria —*lumen glorie*— infundida en nuestro espíritu o, como afirman los teólogos, por un préstamo que se nos hace de la propia inteligencia divina. Ya no habrá fe, sólo la intelección, fruto de una completa *metanoia*, es decir, de un cambio radical de mentalidad. Ésta no será producida por revoluciones que distorsionen la racionalidad humana, sino infundida por el Espíritu Santo. ✠



León XIV de visita
al monasterio de
la Inmaculada
Concepción de
las Clarisas de
Albano (Italia),
el 15/7/2025

Foto: Vatican Pool /
Getty Images



«Nos hiciste, Señor, para ti»

Dios sigue siendo un misterio. Pero un misterio positivo, que, desde nuestras incipientes nociones, nos impulsa siempre hacia sucesivas e interminables investigaciones y descubrimientos. Nuestro conocimiento de Dios es una ventana a la luz del cielo, un cielo infinito.

PRISIONEROS DE LO INMEDIATO, LO RELATIVO, LO ÚTIL

Una de las falsas ilusiones producidas en el curso de la historia ha sido la de pensar que el progreso técnico-científico, de modo absoluto, podría dar respuestas y soluciones a todos los problemas de la humanidad. Y vemos que no es así. [...] El hombre, incluso en la era del progreso científico y tecnológico —que nos ha dado tanto—, sigue siendo un ser que desea más, más que la comodidad y el bienestar; sigue siendo un ser abierto a toda la verdad de su existencia, que no puede quedarse en las cosas materiales, sino que se abre a un horizonte mucho más amplio. [...]

Siempre existe el peligro de quedar aprisionados en el mundo de las cosas, de lo inmediato, de lo relativo, de lo útil, perdiendo la sensibilidad por lo que se refiere a nuestra dimensión espiritual. No se trata, de ninguna manera, de despreciar el uso de la razón o de rechazar el progreso científico; todo lo contrario. Se trata más bien de comprender que cada uno de nosotros no está hecho sólo de una dimensión «horizontal», sino que comprende también la dimensión «vertical».

BENEDICTO XVI.
Discurso, 19/6/2011.

NOSTALGIA DE LA VERDAD ABSOLUTA

Las tinieblas del error o del pecado no pueden eliminar totalmente en

el hombre la luz de Dios creador. Por esto, siempre permanece en lo más profundo de su corazón la nostalgia de la verdad absoluta y la sed de alcanzar la plenitud de su conocimiento. Lo prueba de modo elocuente la incansable búsqueda del hombre en todo campo o sector. Lo prueba aún más su búsqueda del sentido de la vida.

SAN JUAN PABLO II.
Veritatis splendor, 6/8/1993.

UNA VENTANA ABIERTA AL INFINITO

El hombre no puede vivir sin esta búsqueda de la verdad sobre sí mismo —quién soy yo, para qué debo vivir—, una verdad que impulse a abrir el horizonte y a ir más allá de lo que es material, no para huir de la realidad, sino para vivirla de una forma aún más verdadera, más rica de sentido y de esperanza, y no sólo en la superficialidad. [...]

Os invito a tomar conciencia de esta sana y positiva inquietud; a no tener miedo de plantearos las preguntas fundamentales sobre el sentido y sobre el valor de la vida. No os quedéis en las respuestas parciales, inmediatas, ciertamente más fáciles en un primer momento y más cómodas, que pueden dar algunos ratos de felicidad, de exaltación, de embriaguez, pero que no os llevan a la verdadera alegría de vivir, la que nace de quien construye —como dice Jesús— no sobre arena,

sino sobre sólida roca. Así pues, aprended a reflexionar, a leer de modo no superficial, sino en profundidad, vuestra experiencia humana: descubriréis, con asombro y con alegría, que vuestro corazón es una ventana abierta al infinito.

BENEDICTO XVI.
Discurso, 19/6/2011.

SÓLO DIOS PUEDE LLENAR EL CORAZÓN DEL HOMBRE

La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios. Existe pura y simplemente por el amor de Dios, que lo creó, y por el amor de Dios, que lo conserva. [...]

La Iglesia sabe perfectamente que su mensaje está de acuerdo con los deseos más profundos del corazón humano cuando reivindica la dignidad de la vocación del hombre, devolviendo la esperanza a quienes desesperan ya de sus destinos más altos. Su mensaje, lejos de empequeñecer al hombre, difunde luz, vida y libertad para el progreso humano. Lo único que puede llenar el corazón del hombre es aquello que «nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti».

SAN PABLO VI. *Gaudium et spes*.
Concilio Vaticano II, 7/12/1965.



Amanecer en la bahía del mar Virado,
Ubatuba (Brasil)

SIN ÉL NADA TIENE SENTIDO, NADA TIENE VALOR

Para nosotros, el Señor es todo. Lo es en distintos modos, ya sea como Creador y fuente de la existencia, como amor que llama e interpela, como fuerza que impulsa y anima a la donación. Sin Él nada existe, nada tiene sentido, nada vale [...].

San Agustín, a este propósito, describe la presencia de Dios en su existencia con imágenes bellísimas. Habla de una luz que trasciende el espacio, de una voz que no se ve abrumada por el tiempo, de un sabor que nunca se ve empañado por la voracidad, de un hambre que nunca se apaga con la saciedad, y concluye: «Esto es lo que amo cuando amo a mi Dios». Son palabras de un místico, y aun así nos resultan cercanas, pues manifiestan la necesidad de infinito que habita en el corazón de todo hombre o mujer de este mundo.

LEÓN XIV.
Homilía, 9/10/2025.

DIOS DESEA DARSE A CONOCER

La exigencia de una base sobre la cual construir la existencia personal y social se siente de modo notable sobre todo cuando se está obligado a constatar el carácter parcial de propuestas que elevan lo efímero al rango de valor, creando ilusiones sobre la posibi-

lidad de alcanzar el verdadero sentido de la existencia. [...]

Dios, como fuente de amor, desea darse a conocer, y el conocimiento que el hombre tiene de Él culmina cualquier otro conocimiento verdadero sobre el sentido de la propia existencia que su mente es capaz de alcanzar.

SAN JUAN PABLO II.
Fides et ratio, 14/9/1998.

CONOCIMIENTO QUE DA SENTIDO A TODO

En nuestro tiempo, es importante que no nos olvidemos de Dios, junto con los demás conocimientos que hemos adquirido mientras tanto, y que son muchos. Pero resultan todos problemáticos, a veces peligrosos, si falta el conocimiento fundamental que da sentido y orientación a todo: el conocimiento de Dios creador. [...]

Para nosotros, los cristianos, Dios ya no es, como en la filosofía anterior al cristianismo, una hipótesis, sino una realidad, porque Dios «ha inclinado su Cielo y ha descendido». El Cielo es Él mismo y ha descendido en medio de nosotros.

BENEDICTO XVI.
Audiencia general, 11/1/2006.

¡EL SEÑOR ESTÁ CERCA!

Dios sigue siendo un misterio. Pero un misterio positivo, que, desde nues-

*Dios desea darse a
conocer. Debemos
buscarlo en el libro
de la creación, en
la Palabra de Dios,
en la Iglesia, en la
conciencia misma. . .*

tras incipientes nociones, nos impulsa siempre hacia sucesivas e interminables investigaciones y descubrimientos. Nuestro conocimiento de Dios es una ventana a la luz del cielo, un cielo infinito. [...]

Debemos superar la tentación, tan fuerte en nuestros días, de considerar imposible un conocimiento de Dios adecuado a nuestra madurez cultural y que responda a nuestras necesidades existenciales y a nuestros deberes espirituales. Sería indolencia, sería vileza, sería ceguera. Debemos, en cambio, buscar. Buscar en el libro de la creación; buscar en el estudio de la Palabra de Dios; en la escuela de la Iglesia, Madre y Maestra; en lo más profundo de la propia conciencia... Buscar a Dios, buscarlo siempre. Sabed: Él está cerca.

SAN PABLO VI.
Audiencia general, 22/7/1970.



1 de enero – Solemnidad de Santa María, Madre de Dios

Madre del Príncipe de la paz y Madre nuestra



✠ P. Fernando Néstor Gioia Otero, EP

«**O**s anuncio una buena noticia que será de gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor» (Lc 2, 10-11). Con estas palabras el ángel del Señor comunicó a los pastores el cumplimiento de la gran promesa hecha a Israel, uniéndose a él un magnífico coro del ejército celestial para glorificar al Altísimo por el nacimiento del Redentor: «Gloria a Dios en el Cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad» (Lc 2, 14).

Cuando los ángeles se fueron al Cielo, los pastores se dijeron entre sí: «Vayamos, pues, a Belén y veamos esto que ha sucedido, y que el Señor nos ha comunicado» (Lc 2, 15). Allí encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. ¡No podía haber posada más pobre que una gruta, ni cuna más ruda que un pesebre!

San Lucas nos narra solamente que «contaron lo que se les había dicho de aquel niño. Todos los que lo oían se admiraban de lo que les habían dicho los pastores» (Lc 2, 17-18). Pero no deja de resaltar: «María, por su parte, conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón» (Lc 2, 19).

En esa humilde gruta se inauguraba una nueva relación de los hombres entre sí y con el Creador, que el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira sintetizó así: «Nunca un corazón materno amó más tiernamente a su hijo. Recíprocamente, Dios nunca amó tanto a una mera criatura. Y nunca un hijo amó tan plena, íntegra y sobreabundante a su madre».¹

Había llegado la plenitud del tiempo —como afir-

ma San Pablo a los gálatas— en que «envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley» (Gál 4, 4), asociando a María Santísima a su plan salvífico como Madre del Redentor.

En este primer día del año, celebramos a la elegida sobre quien Dios posó su mirada benevolente: la Madre de Dios, Madre de la Iglesia, Madre de todos los hombres.

En una época en la que el neopaganismo invade la faz de la tierra y guerras devastadoras, que pueden alcanzar una magnitud impredecible, nos amenazan a cada instante, buscamos la paz. Pero ésta sólo será auténtica y duradera si se cimienta sobre la roca firme de la verdad, las enseñanzas del Evangelio y el cumplimiento de los diez mandamientos.

Como afirma Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, «la paz consiste en que los hombres, los pueblos y las naciones pongan a Dios en el centro. [...] La paz sólo será alcanzada cuando María esté en el centro, pues en el centro de su vida y de sus pensamientos está Jesús».²

Dirijamos nuestra mirada hacia María, Madre del Príncipe de la paz y Madre nuestra; que Ella interceda por nosotros, pidiendo que los hombres de hoy se dejen iluminar por la verdad que los hará libres (cf. Jn 8, 32). ✠



La Virgen con el Niño - Museo Cristiano, Esztergom (Hungria)

Francisco Lecaros

Las naciones sólo alcanzarán la paz duradera siempre que María esté en el centro de la sociedad, pues en Ella está Jesús

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Filho, eis aí tua Mãe». In: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año XVIII. N.º 213 (dic, 2015), p. 5.

² CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Homilia*. Mairiporã, 1/1/2008.

Cuando Dios nos llama



✠ P. Rodrigo Fugiyama Nunes, EP

Quien se acerca a la ciudad alemana de Colonia, enseguida divisa las torres de su catedral, que parecen desafiar los vientos y las tormentas que durante siglos se abaten sobre ellas. Al contemplarlas, casi dan ganas de preguntarles: «¿Quién os ha hecho tan robustas y esbeltas? ¿Qué acontecimientos memorables habéis presenciado? ¿A qué santos y a qué pecadores habéis albergado entre vuestras sagradas paredes?». Si pudieran hablar, tal vez nos responderían: «Tenemos, en efecto, mucho que contaros, pero eso no es nada comparado con lo que Melchor, Gaspar y Baltasar, que en el interior de la catedral descansan, pueden contaros. Nosotras casi tocamos el cielo; pero ellos realmente tocaron al propio Rey del Cielo. Es a ellos, sí, a quienes debéis pedirles: “¡Contadnos vuestra historia!”».

Quizá los Reyes Magos contestaran a nuestra súplica con una sola frase: «Responder a la llamada de Dios siempre es una aventura, pero vale la pena correr el riesgo». De hecho, este expresivo enunciado, atribuido a Santa Teresa Benedicta de la Cruz, bien podría resumir sus vidas. Analicemos los tres elementos que la componen.

Primero: Dios llama. En el caso de los Reyes de Oriente, este llamamiento no se produjo mediante la aparición de un ángel ni una locución divina, sino de forma discreta y suave: una estrella apareció en el cielo. Pero para ellos eso lo decía todo. El Señor quería que siguieran ese misterioso astro, pues los llevaría hasta el lugar donde había nacido otro rey. ¡Cuán pronta y fiel fue la respuesta de los Magos a la invitación divina! Son un perfecto modelo de docilidad a la gracia, porque nos muestran cómo hemos de estar atentos a las señales de lo alto, sien-

do flexibles a los planes del Padre celestial, incluso sin conocerlos del todo.

Segundo: existen riesgos. ¿Conocían los peligros del viaje? Sin duda alguna. Pero ningún obstáculo es insuperable para quien se ha hecho esclavo de la gracia. Ni las penurias del desierto, ni la larga travesía en caravana por lugares peligrosos, ni siquiera la perfidia de Herodes o la hipocresía de los fariseos y los escribas lograron desviarlos del camino que los conduciría al verdadero Rey.

Tercero: vale la pena. Cuando llegaron ante el Niño Jesús, su Santísima Madre y San José, pudieron exclamar con toda propiedad: «¡Ha valido la pena!». ¿Qué son los peligros, las pruebas y los sufrimientos comparados con la recompensa de contemplar al propio Dios?

En esta solemnidad de la Epifanía, los Reyes Magos nos recuerdan que en ciertos momentos de nuestra vida Dios también nos llama. Este llamamiento puede exigirnos ciertas renunciaciones y, al mismo tiempo, la disposición a lanzarnos a una santa aventura. Habrá riesgos, habrá perplejidades, habrá sufrimientos. Sin embargo, cuando el demonio quiera hacernos desistir de nuestro «peligroso viaje», recordemos que vale la pena. Cuando lleguemos al Cielo, el Niño Jesús nos recibirá con los brazos abiertos, como antaño acogió a los Reyes de Oriente. ✠

*Docilidad,
renuncia y
entrega: he
aquí el gran
ejemplo que
los santos
Reyes Magos
han dejado,
para siempre,
cuando
decidieron
seguir la
estrella*

«El viaje de los Reyes Magos»,
de Stefano di Giovanni - Museo
Metropolitano de Arte, Nueva York



La importancia del bautismo



✠ P. José Mauricio Galarza Silva, EP

«¡Que mi hijo reciba el bautismo cuando él quiera!».
No es raro encontrar esta opinión entre familias de raíces «católicas»...

Este domingo recordamos el magnífico ejemplo que nos dio Nuestro Señor Jesucristo al ser bautizado por San Juan Bautista en el río Jordán, acontecimiento que atrajo del Cielo torrentes de gracias para la salvación de innumerables almas.

Así como el Padre proclamó: «Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco» (Mt 3, 17), de manera análoga podemos pensar que la misma voz se hace oír en cada bautismo.

Nos enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica*: «Este sacramento es llamado también “baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo” (Tit 3, 5), porque significa y realiza ese nacimiento del agua y del Espíritu sin el cual “nadie puede entrar en el Reino de Dios” (Jn 3, 5)».¹

Dado que el sacramento del bautismo es indispensable para nuestra salvación, esa gravísima

afirmación del santo Evangelio nos indica cuán nefasta es la idea que circula en algunos ambientes católicos: «¡Que mi hijo reciba el bautismo cuando él quiera!».

¿De dónde surgió esa locura?

Podríamos decir que del mundo, a través de los medios de comunicación y las redes sociales, que, con sus máximas y malas costumbres, van minando nuestra fe.

A ello se suma la perniciosa influencia de intelectuales y docentes que propagan en muchos centros educativos principios agnósticos y materialistas que, cuando no atacan directamente a la Iglesia Católica, menosprecian sus enseñanzas.

Vale la pena destacar lo que el catecismo nos enseña sobre este *baño de regeneración*:

«El Señor mismo afirma que el bautismo es necesario para la salvación. Por ello mandó a sus discípulos a anunciar el Evangelio y bautizar a todas las naciones. El bautismo es necesario para la salvación en aquellos a los que el Evangelio ha sido anunciado y han tenido la posibilidad de pedir este sacramento. La Iglesia no conoce otro medio que el bautismo para asegurar la entrada en la bienaventuranza eterna; por eso está obligada a no descuidar la misión que ha recibido del Señor de hacer “renacer del agua y del Espíritu” a todos los que pueden ser bautizados».²

Pidamos a la Santísima Virgen que los padres de familia católicos, y todos aquellos que tienen la grave responsabilidad de promover este sacramento, lo hagan por amor a Dios y con mucho celo por la salvación de las almas, dejando de lado la «comodidad» espiritual, las ideas heterodoxas y los intereses mundanos. ✠



João Paulo Rodrigues

Bautismo en la iglesia de Nuestra Señora del Buen Consejo, Piraquara (Brasil)

¹ CCE 1215.

² CCE 1257.

La revelación de los principales misterios de nuestra fe

✚ P. Ricardo Alberto del Campo Besa, EP



Narra el Discípulo Amado que, al ver acercarse a Jesús, San Juan Bautista les dijo a sus discípulos, lleno de júbilo interior: «Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn 1, 29). Y a continuación declaró: «Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo» (Jn 1, 30).

Vemos en estas palabras del Precursor una manifestación de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, pues, por una parte, Él viene a perdonar los pecados —y para el pueblo hebreo de entonces estaba claro que sólo Dios podía hacerlo— y, por otra, existe desde toda la eternidad, una noción difícil de comprender para nuestra mentalidad cronológica.

Estas consideraciones nos ayudan a entrenarnos y a crecer en nuestra fe.

En el siguiente pasaje, el Bautista nos revela el misterio de la Santísima Trinidad —por el cual afirmamos que existe un sólo Dios en tres personas— y el de la Encarnación, los dos mayores misterios de nuestra santa religión. No los comprendemos por la simple razón, sin el auxilio sobrenatural de la fe, mediante la cual creemos en estas sublimes verdades. Si no hubieran sido reveladas, jamás lograríamos conocerlas.

He aquí las palabras con las que el Evangelio de San Juan presenta esa revelación: «El que me envió a bautizar con agua [el Padre] me dijo: “Aquel sobre quien veas bajar el Espíritu [el Espíritu Santo] y posarse sobre Él, ése es el que bautiza con Espíritu Santo”. Y yo lo he visto y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios [el Hijo]» (1, 33-34).

¡Cuánta maravilla presenció y comprendió el Precursor! Pero ese misterio —si somos fieles a Dios, correspondemos a la gracia y nos salvamos— también nosotros podremos contemplarlo por toda la eternidad.

Entre las tres personas de la Santísima Trinidad hay una relación que constituye la propia vida eterna de Dios, tan extraordinaria, elevada y rica que no alcanzamos a imaginarla siquiera: «Ni el ojo

vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó» (1 Cor 2, 9). No obstante, por la gracia podemos participar de esa vida divina ya durante nuestra existencia terrenal, perseverando en el camino de la fe y en la práctica de la virtud, hasta que florezca en plenitud, por siempre, en el Cielo.

La lectura del Evangelio del segundo domingo del Tiempo Ordinario nos ayuda a recordar estos eminentísimos misterios y a elevar nuestra alma hacia ellos.

Esforcémonos, durante nuestra peregrinación terrena, en velar por nuestra fe, vivir en coherencia con ella, alimentarla debidamente con la oración y los sacramentos, para que seamos merecedores de la bienaventuranza eterna, donde veremos cara a cara al Dios uno y trino. ✚

*Velemos por
nuestra fe,
para merecer
la eterna bien-
aventuranza
y contemplar
cara a cara
al Dios uno
y trino*



La Santísima Trinidad -
Museo de Arte Hyacinthe Rigaud, Perpiñán (Francia)

Francisco Lecaros

La irrupción de la Luz en la historia

✠ P. Carlos Javier Werner Benjumea, EP



*Así como,
en su vida
pública,
el Señor
irrumpió
con luz
salvífica en
medio de las
tinieblas de
la apostasía,
debemos
confiar en su
intervención
en los oscuros
días que
vivimos*

A pesar de toda apariencia contraria, la trama de la historia está tejida por las sapientísimas y bondadosas manos del Padre. Considerada en su conjunto, nos manifiesta de manera espléndida la grandeza del poder divino, que lleva a cabo sus sublimes designios sin menoscabar nunca la libertad del hombre, que tan a menudo a ellos se opone mediante el pecado.

El ejemplo prototípico de esa misteriosa y fascinante realidad lo tenemos en la encarnación del Verbo para redimir al género humano. San Agustín, en su himno *Exultet*, que toda la Iglesia canta el Sábado Santo, afirma con admirable audacia, refiriéndose a la falta de Adán: «¡Oh feliz culpa que mereció tal y tan grande Redentor!». Ante el desafío que la rebeldía humana supone para la realización de los proyectos divinos, la sabiduría de aquel que es Luz infinita e indefectible triunfa siempre con nuevos y mayores prodigios.

Esto es lo que vemos que sucede en Galilea de los gentiles. El pasaje del profeta Isaías recogido en la primera lectura de este domingo (cf. Is 8, 23–9, 3) muestra el contraste entre las tinieblas y la luz. Como justo Juez, Dios había humillado la tierra de Neftalí y Zabulón; les faltaba la luz de la fe, todo era sombra y tristeza. Sin embargo, Él decidió cubrir de gloria el camino del mar: las tinieblas son expulsadas por la Luz maravillosa, que trae vida y alegría perfectas.

Este anuncio se cumple plenamente con la misión pública de Jesús a orillas del mar de Galilea, como nos lo señala el Evangelio de San Mateo (cf. Mt 4, 12–23). Él era la Luz que con su palabra iluminaba a los hombres de aquella región, diciéndoles: «Con-

vertíos, porque está cerca el Reino de los Cielos» (4, 17). Y, para sellar con autoridad sobrenatural la autenticidad de su llamamiento, el Señor multiplicaba los prodigios en favor de los enfermos, de los poseídos por el demonio y de los más necesitados.

Bendita Galilea, primero castigada, luego perdonada y exaltada. Pasó de las tinieblas a la luz —¡y qué luz!— por el magnífico poder del Omnipotente.

Queda, no obstante, preguntarse: ¿qué hizo Galilea con esa Luz de infinita belleza? Del entusiasmo inicial, cayó en el descuido, terminando en el desprecio y en el odio. ¿El resultado? Una maldición aún más terrible: «Y tú, Cafarnaún, ¿piensas escalar el Cielo? Bajarás al abismo» (Mt 11, 23). ¿Cuál es el motivo de tan terrible castigo? El hecho de no haberse convertido.

Si observamos la actual situación del mundo, comprobaremos, consternados, cómo el proceso de apostasía está enterrando los últimos rescoldos de fe en el Occidente otrotra cristiano. ¿Vendrán los castigos? Con tristeza y aprensión hemos de reconocer que existen elevadas probabilidades.

Sin embargo, la potente y misericordiosa mano de Dios, que arrojará a los corazones endurecidos a la región de las tinieblas, enviará al

mundo purificado los esplendores de la Luz admirable, haciendo renacer con nuevo vigor la santa alegría en el resto que ha permanecido fiel. Y, esta vez, lo hará de forma patente a través de María Santísima, aquella que, en palabras del papa Benedicto XV, «junto con Cristo redimió al género humano».¹ ✠



Detalle de «El Juicio final» de Stephan Lochner - Museo Wallraf-Richartz, Colonia (Alemania)

¹ BENEDICTO XV. *Inter sodalicia*: AAS 10 (1918), 182.

JUNTO A MARÍA, TODO TIENE SOLUCIÓN

Judas Iscariote acababa de consumir su nefasto plan. Ni siquiera las misericordiosas amonestaciones de Jesús pudieron disuadirlo de la infamia deicida, y al siniestro tintineo de sus treinta monedas, vagaba errante entre las sombras de la noche. Por poco tiempo, ese dinero inmundo le proporcionaría cierta satisfacción...

Pero Judas no era el único traidor que deambulaba en la oscuridad.

El Señor se encontraba de camino a la casa de Caifás para el inicuo juicio que lo llevaría a la muerte, cuando divisó entre la multitud a uno de sus discípulos, el primero de ellos: Simón Pedro. Por un instante, sus miradas se cruzaron. En ese momento, Pedro se sintió reo de la mayor atrocidad que podía cometer: habiendo abandonado al Maestro cuando éste más necesitaba su ayuda, acababa de negarlo públicamente, tres veces, ante una criada.

Judas lo renegó por codicia; Pedro, por cobardía. «¡Infiel, hipócrita, traidor infame!», apostrofaba el enemigo infernal en la conciencia de ambos. Quería, pues, conducirlos a un crimen aún mayor.

¿Un crimen mayor... que traicionar al Hombre-Dios? Sí.

En una aparición a la religiosa española Josefa Menéndez, a principios del siglo xx, el Sagrado Corazón de Jesús se quejó precisamente de este gravísimo pecado, la desesperación, que acompaña necesariamente al desprecio del perdón divino: «Desde que Judas me entregó

en el huerto de los olivos, anduvo errante y fugitivo, sin poder acallar los gritos de su conciencia, que le acusaba del más horrible sacrilegio. Cuando llegó a sus oídos la sentencia de muerte pronunciada contra mí, se entregó a la más terrible desesperación y se ahorcó. ¡Quién podrá comprender el dolor inmenso de mi Corazón cuando vi lanzarse a la perdición eterna esa alma que había pasado tres años en la escuela



«San Pedro llora ante la Virgen», de Guercino - Museo del Louvre, París

de mi amor!... [...] ¡Judas! ¿Por qué no vienes a arrojarte a mis pies para que te perdone?...».¹

La desconfianza en la clemencia de Dios hería más el Corazón de Jesús que la traición por la que padecía todos los tormentos de la pasión. Sin embargo, Judas se cerró voluntariamente para siempre al amor del Maestro, sellando su desesperación con un espantoso suicidio.

Mientras el cadáver del Iscariote colgaba de una higuera, otro criminal lloraba su infidelidad. En medio

de lágrimas de dolor, una gracia movía el alma de Pedro a una verdadera contrición. Pero ¡oh, desgracia!, el Maestro ya había sido crucificado y sepultado... ¿Cómo iba a pedirle perdón? En ese momento de angustia, tal vez el primer Papa se acordara de la Santísima Virgen y hacia Ella corriera apresuradamente.

Podemos imaginar esa conmovedora escena. Nuestra Señora se encontraba en compañía de San Juan cuando sonaron unos golpes en la entrada de la casa. Al abrirse la puerta, Simón no pronunció una sola palabra. Ni era necesario, pues sus lágrimas hablaban por sí solas. María, al ver su sincero arrepentimiento, lo miró con indescriptible afecto... y tampoco necesitó decir nada. Todo estaba resuelto.

«A diferencia del infame Judas Iscariote, que se ahorcó sumido en el fango de la traición y de su obstinado orgullo, él [Pedro] experimentó el insondable abismo de amor que abrasaba el Corazón de María. Y comprendió que, en cualquier situación de la vida, fuera bueno o malo el estado de su alma, siempre encontraría allí un océano de misericordia, bondad y cariño, siempre que acudiera a Ella con espíritu contrito y humillado».² ✠

¹ MENÉNDEZ, RSCJ, Josefa. *Un llamamiento al amor*. México: Patria, 1949, p. 318.

² CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *¡María Santísima! El Paraíso de Dios revelado a los hombres*. Lima: Heraldos del Evangelio, 2021, t. II, p. 504.



Estudio de la doctrina católica: ¿opción o deber?

En esta vida siempre tenemos algo nuevo que aprender sobre la doctrina católica. Por encima de las preocupaciones cotidianas, nuestra atención y nuestro corazón deben aplicarse en empaparnos de ella.

✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP



Durante siglos, en la época en que no existían los radares ni los demás aparatos sofisticados disponibles hoy en día, la navegación a vela dependía de los astros como principal punto de referencia. El piloto debía orientarse por la posición de las estrellas para mantener el rumbo del barco. Por eso, nadie podía tomar el timón y cruzar mares y océanos —a merced de los vientos, que a menudo eran contrarios— si antes no hubiera hecho un exhaustivo estudio de astronomía.

Del mismo modo, existe un requisito fundamental en cualquier responsabilidad que alguien vaya a desempeñar en la sociedad. Un médico, por ejemplo, tiene la obligación de saber cómo se desarrollan las enfermedades, cómo actúan los virus, cuáles son los remedios adecuados para la curación de las dolencias, e incluso debe estar al tanto de los descubrimientos de nuevas sustancias para resolver los posibles males que aparecieran. Si se relaja en este punto, quedará desactualizado y podría llegar a actuar contra los deberes de su oficio.

Asimismo, un abogado que no se interesa por el estudio del derecho y no busca a diario informarse sobre las leyes promulgadas o modificadas no estará capacitado para defender las causas que le correspondan y dejará de ser un profesional competente.

La obligación moral de conocer más a Dios

Ahora bien, mucho más importantes que el compromiso asumido con la profesión o función, como ocurre con

la medicina, la abogacía o la marina, son los deberes para con Dios.

Todos comenzamos a existir en el momento en que fuimos concebidos, iniciándose el proceso de gestación en el seno materno. Sin embargo, si nuestros padres dieron origen a la parte vital, sabemos que la concepción humana no se opera sólo en ese ámbito meramente natural, sino que cuenta con el concurso de Dios, que crea el alma, cada una diferente de las demás, y la infunde en el cuerpo en ese instante.

Esto establece así una deuda que nos pone en la contingencia de conocer cada vez más a ese ser que nos creó, nos redimió y aún nos sostiene y nos ayuda en cada paso. Él puede darnos salud, vida y felicidad, además de todas las gracias que necesitamos.

Pero, lamentablemente, aun siendo personas bautizadas y que se acercan a los sacramentos —sobre todo las que van a misa y reciben la comunión—; aun sabiendo que el Señor vino a la tierra con el objetivo de salvarnos y creyendo que Jesús es el Redentor del mundo, que quitó los pecados de la hu-

Es una obligación moral esforzarse por penetrar paso a paso en las maravillas que envuelven los principales misterios de nuestra fe

manidad, muchas veces nos falta conocer más a fondo quién es Él.

Es, por tanto, una obligación moral esforzarnos por adentrarnos paso a paso en las maravillas que envuelven los principales misterios de nuestra fe. Y como la Iglesia siempre se está enriqueciendo con panoramas y explicitudes inéditos, nos corresponde profundizar en cada momento en esa comprensión, que, por cierto, nunca será completa, puesto que se refiere a un ser infinito.

Incluso si viviéramos mil millones de años, estaríamos aprendiendo constantemente, y la eternidad misma será un continuo descubrimiento de nuevos aspectos de Dios. Por eso, por encima de las preocupaciones corrientes de la vida, nuestra atención y nuestro corazón deben aplicarse en empaparse de la doctrina católica y tratar de entender bien las leyes que rigen nuestra relación con el Creador y la del Creador con nosotros, para que volvamos a aquel del cual salimos. Esto forma parte de la santidad.

El ejemplo de los santos

Los santos son aquellos cuya primordial inquietud consiste en saber más acerca de la gracia y del mundo sobrenatural, y en tener una noción fuerte y sustanciosa de la familiaridad que existe entre nosotros y Dios, para vivirla con mayor profundidad. Éste es el eje del pensamiento de todo hombre que aspira a la perfección.

San Odilón de Cluny, por ejemplo, que vivió en la Edad Media, se veía obligado a realizar largos viajes, en los que se desplazaba a caballo. Se diría que empleaba el tiempo libre durante esos recorridos en contemplar el paisaje y meditar; no obstante, a pesar de las incomodidades propias de cabalgar —sobre todo en una época en la que no existían los libros de bolsillo—, solía ir leyendo los escritos de los autores clásicos, con la intención

de censurar lo que no tuviera utilidad para la religión católica y aprovechar todo lo que fuera valioso para enseñar a los demás. Y a veces, si aparecía un texto especialmente interesante, se esforzaba por memorizarlo.

Poco después encontramos al gran Santo Tomás de Aquino, quien fue enviado con 5 años al monasterio benedictino de Montecassino. Se trata de un lugar privilegiado, tanto por su ubicación —pues se encuentra en un monte imponente, grandioso y altanero, que domina las comarcas circundantes— como por la bendición con la que la virtud practicada por San Benito marcó aquella región.

La familia de los condes de Aquino se había establecido en las cercanías como señores feudales. En aquel tiempo, la orden benedictina tenía tanta fama que las familias nobles consideraban una excelente carrera que uno de sus hijos llegara a convertirse en abad.

El niño, que desde su infancia había manifestado una profunda inclinación piadosa e intelectual, ya era un prodigio... Andando de un lado a otro por el monasterio, paraba a los monjes y les preguntaba: «¿Quién es Dios?». Los religiosos respondían: «Dios es un ser eterno», «Dios es el ser omnipotente».

Y, guardando esos datos, más tarde sería el extraordinario varón que escribió 147 voluminosas obras, entre ellas la famosa *Suma Teológica*, explicitando como nadie hasta

entonces el conocimiento de la doctrina católica.

Así, podemos concluir fácilmente que la vida de Santo Tomás giró en torno a este único punto: ¿quién es Dios?

Ya en el siglo xx, el papa San Pío X solía enseñar el catecismo semanalmente a los niños que iban a hacer la primera comunión. Sin embargo, afirmaba que necesitaba dos horas de estudio previo para dar una buena clase. De hecho, ésa es la recomendación a los párrocos y catequistas contenida en su encíclica *Acerbo nimis*: prepararse con estudio y seria meditación.¹

Finalmente, si analizamos con lupa la obra del Dr. Plinio, nos daremos cuenta de que en su núcleo se encuentra esa búsqueda por saber quién es Dios y cuál debe ser nuestra relación con Él. Por eso, siempre que podía, dedicaba un período del día para leer. Y cuando, ya en sus últimos años, no podía hacerlo porque su vista estaba

Santo Tomás de Aquino enseñando, de Andrea de Bonaiuto - Basílica de Santa María Novella, Florencia (Italia). En la página anterior, «Leyendo la Biblia», de Henriette Browne - Colección privada

Los santos se esfuerzan por crecer en el conocimiento de la gracia y del mundo sobrenatural, para convivir con Dios y enseñarlo a los demás



Gustavo Krahl

debilitada, pedía a algunos de sus hijos que grabaran la lectura del texto del libro para escucharla.

Grave falta en el descuido de la enseñanza de la doctrina

No obstante, a veces sucede que las personas encargadas del cuidado de las almas no se ocupan de la educación religiosa de aquellos a quienes dirigen e incluso, con el pretexto de no asustarlos, silencian verdades de fe como, por ejemplo, la noción de pecado y la existencia del Infierno.

Me sorprendió leer una vez en el famoso *Catecismo Mayor*, elaborado por San Pío X, una advertencia muy fuerte, enunciada con toda precisión: «Es ciertamente necesario aprender la doctrina enseñada por Jesucristo, y faltan gravemente los que descuidan aprenderla».²

Y justo en el siguiente párrafo aparece esta afirmación no menos categórica: «Los padres y los patronos tienen obligación de procurar que sus hijos y dependientes aprendan la doctrina cristiana, e incurrir en culpa delante de Dios si descuidan esta obligación».³

Por lo tanto, si incurre en pecado el patrón que en su industria o empresa no se preocupa por dar instrucción católica

a sus empleados, ¡cuánto mayor es la responsabilidad de aquellos que, como superiores religiosos y pastores, no se dedican a explicar la doctrina a sus subordinados y consciente y voluntariamente descuidan su formación moral! Así, por la negligencia de algunos, un mayor número de almas se pierden...

Recordemos el episodio narrado por la Madre Mariana de Jesús Torres, una de las fundadoras de la orden concepcionista de Quito (Ecuador). Como ocurre a veces con los fundadores, a quienes Dios suele revelar acontecimientos futuros referentes a su obra, tuvo una visión mística en la que contempló, en medio de los tor-

mentos eternos del Infierno, a muchas monjas de su convento que en vida habían ejercido el oficio de maestras de novicias. Todas habían cometido un único pecado mortal: descuidaron su obligación de dar la debida formación a sus subordinadas.⁴

Beneficios de profundizar en ella

Ahora bien, también es cierto lo opuesto: todo bautizado que se esfuerza cada día por progresar en la lectura y en la comprensión de la doctrina católica adquiere una especie de «bar-niz» en su alma, fácilmente perceptible en signos externos para un observador atento. Además, la enseñanza de esta doctrina nos ayuda en la práctica de la virtud y, como obra de misericordia espiritual prescrita por la Iglesia, puede considerarse un sacramental, mediante el cual se transmite la gracia.

Sin embargo, el estudio de la teología nunca puede ser independiente de las demás materias que forman el «universo» de la Iglesia, limitándose únicamente a un aspecto específico. Es indispensable tener como fondo una visión de conjunto, para captar mejor las partes.

Al conocimiento de los principios y de las especulaciones variadas y llenas de hipótesis aún sin resolver, hay que añadirle el amor por los sacramentos, el análisis de la exégesis y de la historia, el conocimiento de la liturgia en su perfección. Todo se coordina en un colosal edificio, totalmente monolítico, que es la Iglesia, de cuya influencia sobrenatural proviene la distribución de las gracias.

¿Cómo enseñarla con provecho?

Surge aquí una pregunta: ¿cómo impartir de modo provechoso un curso sobre doctrina católica?

En los primeros tiempos del cristianismo, aquel que creía en la Santísima Trinidad y en los demás artículos del credo era en poco tiempo aceptado en las aguas bautismales y se convertía en miembro de Cristo. Hoy en día, con respecto a la preparación para el bautismo,

Los que son responsables de otras almas tienen la obligación de enseñarles la doctrina cristiana, y son culpables ante Dios si descuidan este deber



Monsiñor João imparte una clase de catecismo en marzo de 2002



Archivo Revista

Monseñor João durante una homilía en abril de 2007

la primera comunión y la confirmación, la catequesis debe ser seria, pero no conviene retrasar durante años la admisión de una persona en el seno de la Iglesia. Por lo tanto, expuestas y explicadas las principales verdades de la fe, es conveniente encaminar rápidamente al catecúmeno a que dé los pasos necesarios para la recepción de los sacramentos.

Pero cuando se trata de ofrecer una educación sólida, el estudio debe durar hasta el momento de la muerte. Y quien enseña, por mucho que ya conozca la doctrina católica, debe hacer un esfuerzo previo para conocer bien la materia, mediante la lectura asidua.

No se trata, pues, de crear una doctrina nueva, sino de tomar lo que está en el Evangelio y transmitirlo de manera muy clara, viva y atrayente, haciendo que el tema resulte agradable. Cada uno podrá hacer uso de los recursos y dones recibidos de Dios, ora siendo meticuloso en las descripciones, ora adaptándose a las apetencias de los alumnos para aplicar a ese núcleo concreto lo leído en tesis, ora combatiendo la indolencia de los oyen-

En un mundo que busca desfigurar la fisonomía de la Iglesia, estamos llamados a mostrar el verdadero rostro de nuestra santa Madre

tes y estimulándolos, de modo que cada uno aporte su contribución al explicar lo aprendido.

Mostrar al mundo el verdadero rostro de la Iglesia

Hay, no obstante, un punto esencial en esta formación, sobre el que nunca se insistirá lo suficiente: además del conocimiento que debe ser transmitido, es indispensable presentar no sólo una doctrina, sino también un tipo humano, un estilo de vida, una forma de ser. Así se lo ordenó el ángel del Señor a los

Apóstoles: «Marchaos y, cuando lleguéis al Templo, explicad al pueblo todas estas palabras de vida» (Hch 5, 20).

Lamentablemente, las generaciones actuales muestran poco interés por estudiar la doctrina de la Santa Iglesia y es raro ver a alguien con un libro de esta índole en sus manos. Por el contrario, al considerar la situación de la humanidad en nuestros días, se nos parte el corazón al constatar la existencia de un verdadero complot de la prensa internacional para deshonrar y desfigurar a nuestra Madre.

En esta circunstancia, la Providencia nos llama a la misión supremamente bella y honrosa de mostrar al mundo el verdadero rostro de la Iglesia, en toda su inmortalidad, dignidad y santidad.

Por eso debemos tener como objetivo la formación integral del hombre, con vistas a constituir modelos que puedan dar a la sociedad una noción auténtica del decálogo, del amor a Dios, de lo que significa ser católico apostólico romano y de dónde se encuentra la solución a los problemas de los días actuales.

Pidámosle a la Santísima Virgen, en nuestras oraciones, gracias muy especiales para que haya un auténtico entusiasmo de corazón —y no sólo de inteligencia— por aprender la doctrina católica, y que este estudio, realizado con maestría, habilidad y arte, traiga como beneficio la transformación de las mentalidades, de modo que la tierra se acerque cada vez más al Cielo. ✚

Fragmentos de exposiciones orales pronunciadas entre 2000 y 2007.

¹ Cf. SAN PÍO X. *Acerbo nimis*: AAS 37 (1904-1905), 624-625.

² CATECISMO MAYOR DE SAN PÍO X. Madrid: Imp. del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, 1906, p. 5.

³ *Idem*, p. 6.

⁴ Cf. PEREIRA, OFM, Manuel Sousa. *Vida admirable de la Madre Mariana de Jesús Torres y Berriochoa*. Quito: Fundación Jesús de la Misericordia, 2008, t. II, pp. 98-99.

Multiplicidad, jerarquía y armonía del universo

La constante batalla entre el bien y el mal se libra en la historia a través de los más variados enfrentamientos. La victoria de uno u otro, sin embargo, se decide en función de un único principio, a menudo ignorado por los buenos.



✎ Bruna Almeida Piva

La historia, maestra de la vida, decían los antiguos¹ con mucha razón. Sobre todo si consideramos la historia no como una mera sucesión de hechos, sino desde su perspectiva más elevada, como «el caminar de la humanidad y de todo el universo hacia el objetivo para el que fueron creados»² por Dios.

Ese caminar, desde el momento en que Satanás cayó del Cielo como un rayo (cf. Lc 10, 18) y el pecado entró en el mundo (cf. Rom 5, 12), consiste esencialmente en una gran lucha entre el bien y el mal. En efecto, todos los acontecimientos que han definido el destino de la humanidad, a nivel universal o individual, han sido, o bien triunfos de la virtud, en la realización de los designios divinos, o bien éxitos de la iniquidad, por perfidia del demonio.

Considerando, pues, lo que nos tiene que enseñar desde ese prisma la sabiduría del pasado, podemos comprender de qué artimañas se valen los infiernos para llevar adelante su plan de desorden y, por otra parte, conocer también con qué armas debe proveerse el católico militante de nuestros días, deseoso de ayudar a la Santa Iglesia a hacer crecer en la tierra el Reino de Cristo y de María.

La milenaria artimaña del Maligno

Al analizar los siglos que nos precedieron, tomemos como ejemplo inicial el primer pecado masivo cometido en el seno de la cristiandad.

Wittenberg, 1517. Un fraile predicador llamado Martín Lutero, ya muy influenciado por corrientes espirituales y filosóficas aversas al catolicismo, se indignó ante supuestos abusos que habría cometido el Santo Padre y él mismo cometió el abuso de fijar en la puerta de la catedral de esa ciudad noventa y cinco tesis, con las que atacaba las acciones y la doctrina de la Iglesia. Se había desencadenado una verdadera revolución que, en poco más de cien

años, acabaría rompiendo para siempre la unión de las naciones europeas bajo la égida de la Esposa Mística de Cristo. Lutero fue condenado como hereje; sin embargo, con el Tratado de Westfalia de 1648, el protestantismo consiguió el título de «religión» y el derecho de ciudadanía.

Un hecho posterior, de consecuencias más ideológicas que políticas, puede ser igualmente esclarecedor. El siglo XVIII es llamado «de las luces», de los descubrimientos científicos, de los grandes inventos, del crecimiento intelectual y material. No obstante, muchas de esas novedades ya habían nacido antipáticas a la mentalidad de la Iglesia, sin que ésta hubiera adoptado ninguna postura precondenatoria contra ellas. Se diría que, existiendo un solo Dios creador de las realidades espirituales y físicas, el progreso de las ciencias contribuiría a la propagación y confirmación de la religión. Pero no fue así. La ciencia se desarrolló separada de la fe. En consecuencia, se corroboraron en la humanidad, sin mayores obstáculos, el espíritu antirreligioso, el escepticismo, el materialismo y, finalmente, el ateísmo declarado.

Discordia, división y conquista de ciudadanía: he aquí la estrategia mile-

Divisor por definición, el enemigo infernal sabe que la condición de su éxito reside en la disgregación del bien... ¿Por qué es tan importante esa unión del bien?



naria utilizada por el mal para instalarse en el mundo. Después de haber separado, en primer lugar, al hombre de Dios —con el pecado original—, el demonio separó lo espiritual de lo temporal, lo religioso de lo laico, la nobleza del pueblo, la vida intelectual de la vida moral, la piedad de la combatividad; y sigue haciendo lo mismo con innumerables esplendores creados, desde los metafísicos hasta los más prácticos, como el concepto de la unión entre cuerpo y alma que constituye al hombre.

Divisor por definición —pues el nombre *diablo* proviene del griego *διάβολος* (*diábolos*), que significa *el que desune*³—, el enemigo infernal sabe que la condición de su éxito reside en la disgregación del bien. Sin embargo, ¿cuál es la razón más profunda de esta forma de actuar? ¿Por qué la unión entre el bien es tan importante hasta el punto de que, una vez quebrada, le causa la ruina? Una mirada a la teología de la creación aclarará el asunto.

Armonía en la multiplicidad

Si hay muchas realidades inimaginables por la limitada mente humana, pocas los son a título tan especial como

el momento bendito en que el divino Artífice decidió sacar de la nada todas las cosas y comenzar la obra por excelencia, de cuyo primor las manifestaciones de arte inventadas por el hombre constituyen meros reflejos. Pues bien, la Trinidad Beatísima produjo tal maravilla «por su bondad, que comunicó a las criaturas, y *para representarla en ellas*»,⁴ afirma Santo Tomás de Aquino.

Esto ocurre de dos maneras. La primera sucede a nivel individual, porque cada ser, por pequeñito que sea, refleja a Dios a su modo. Pero también lo refleja al constituir una parte dentro del inmenso conjunto del universo, en el

*En el inmenso
conjunto del universo,
todas las criaturas
se unen para formar
una representación
completa del
divino Artífice*

que todas las criaturas se unen para formar una representación completa de aquel que las hizo.

Sobre este segundo punto, la teología explica que las perfecciones divinas son infinitas e inmensas, y no podrían ser representadas de manera satisfactoria por una única criatura. Por lo tanto, esas perfecciones, que son *unas* en Dios, se reflejan en los seres creados de forma múltiple y distinta,⁵ a modo de un rayo de luz que se refracta en los diversos colores del arco iris.

De ahí se entiende la necesidad de la unión de los seres entre sí y con el Creador. En esta armonía, forman como que una gran orquesta para alabar la magnificencia del Altísimo. Desarticulados, no pueden sino producir una cacofonía, indigna de la integridad divina. Y la antigua serpiente, conocedora de esta verdad, no logrando en su odio destruir a Dios, busca arruinar la creación, inoculándole en puntos estratégicos su ponzoña divisora y sofocando en ella los reflejos del Omnipotente.

Además, más allá de simplemente destruir la obra divina, Satanás pretende utilizar a las criaturas para edificar su propio reinado, el Infierno en la tie-



Reproducción

La creación del universo - Biblioteca y Museo Morgan, Nueva York



Monte Shasta (Estados Unidos)

rra, como una grotesca imitación del reino de santidad que el Salvador vino a instaurar en el mundo. Hasta ahí llega la insolencia de su revuelta contra Dios.

Ápice en función del cual todo se ajusta

Por otro lado, venciendo triunfalmente los engaños infernales, el plan de Dios se realiza en la historia, en toda su riqueza y plenitud, por fuerza de la Redención obrada por el Verbo encarnado.

Si la unidad del bien fue herida por el pecado de los ángeles y los hombres, Nuestro Señor Jesucristo la restableció para siempre con su sangre derramada en la cruz. Uniendo en su persona las naturalezas humana y divina, reconcilió con Dios a todas las criaturas (cf. Col 1, 20) y realizó el misterioso designio divino de reunir en sí todas las cosas, las del cielo y las de la tierra (cf. Ef 1, 9-10), como afirma el Apóstol.

Al hablar de la reconciliación de todos los seres, San Pablo se refiere incluso a la naturaleza animal, vegetal y mineral que, según su enseñanza, recibirán en un momento determinado los efectos de la gracia redentora: «La creación fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por aquel que la sometió, con la esperanza de que la creación misma sería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar

La creación es como una montaña: en ella hay una gradación que parte de los seres más terrenos, en la base, hasta los más sobrenaturales, en la cima

en la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Rom 8, 20-21). En palabras de Santo Tomás de Aquino, «toda la creación sensible en aquella [manifestación de la] gloria de los hijos de Dios conseguirá cierta cualidad de gloria, según aquello del Apocalipsis 21, 1: “Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva”».⁶

El Cordero divino es, por tanto, el centro del universo, la piedra angular en torno a la cual todo se ajusta armoniosamente (cf. Ef 2, 20-22), y con el que *todos* los seres están vinculados, en la proporción debida a cada uno.

La postura católica por excelencia

Las consideraciones precedentes nos hacen ver claramente una verdad fundamental, casi siempre olvidada o incluso ignorada: el católico necesita saber discernir y mantener la relación de todos los seres con Cristo, y en este

sentido debe ser unitivo y armonioso por excelencia. No promiscuo, abrazando por igual la verdad y el error, la virtud y el pecado, sino íntegro, preservando de las trampas infernales el *unum* del bien, como nos enseña una vez más San Pablo: «No os unzáis en yugo desigual con los infieles: ¿qué tienen en común la justicia y la maldad?, ¿qué relación hay entre la luz y las tinieblas?» (2 Cor 6, 14).

Naturalmente, esa postura cristocéntrica tan necesaria implica una jerarquía, pues la aglutinación arbitraria de muchas cosas buenas no es más que una forma diversificada de desorden... Hablando a sus hijos espirituales sobre cómo las realidades más básicas captadas por el hombre lo llevan, de un modo gradual y sano, a las cogitaciones más elevadas, el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira⁷ desarrolla una metáfora que se adapta muy bien a nuestro caso.

La unidad de la creación, dice él, se asemeja a una montaña, constituida en su base por una cadena de criaturas cuya conexión con Dios es más elemental, porque son más terrenas que celestes; en su centro, de manera progresiva, por cadenas de criaturas cada vez más elevadas; y en su cima, por la capa más sobrenatural del universo, que tiene una estrecha relación con la Santísima Trinidad. Y todas estas cadenas forman un único conjunto, jerárquicamente armónico.

Siendo la adorable persona de Nuestro Señor Jesucristo la «cima» de la montaña de la creación —y aquí aplicamos la metáfora—, el cristiano necesita saber ordenar su vida, y la vida de la sociedad en la que está inserido, en una jerarquía de valores que tenga al Redentor como regla y medida para todo, es decir, dando siempre la precedencia a lo que tiene mayor conexión con Él y, en definitiva, uniendo bajo esa regla todas las cosas, en sana armonía.

El modelo perfecto de esta actitud es la Santa Iglesia Católica. No hay aspecto de la vida humana sobre el cual no haya posado su desvelo materno, desde las más altas necesidades de santificación hasta las más pungentes miserias a las que está sujeto el hombre. Sin ser una institución filantrópica, siempre ha sido el refugio y la proveedora de los pobres; sin ser una clínica, fundó los hospitales y mantuvo innumerables de ellos; sin ser una academia, se convirtió en la gran propagadora de las universidades e instituciones de enseñanza; y en todo esto, como eximia cumplidora del mandato de Cristo (cf. Lc 12, 31), siempre ha buscado en primer lugar acercar las almas al Reino de Dios y a su justicia, dispensando el resto como simple añadidura.

Para que estas consideraciones sean aún más claras, imaginemos: ¿cómo sería el mundo si todos practicaran los diez mandamientos? ¿qué generación de hombres se formaría si los profesores, en las escuelas, trataran de educar no sólo las mentes para futuros retos



«La Ascensión», de Jacopo di Cione -
Galería Nacional, Londres

*Nuestro Señor
Jesucristo es la «cima»
de la montaña de la
creación, y en función
de Él, el cristiano
necesita saber ordenar
su vida y la vida
de la sociedad*

profesionales, sino sobre todo las almas para la batalla de la santificación? ¿qué esplendor alcanzarían las artes si, además de deleitar los sentidos, expresarían a los espíritus algo de la belleza de Dios? ¿qué sería la arquitectura si, albergando no meros seres racionales, sino almas bautizadas, las llevara a la compostura y el pensamiento a las realidades celestes?

Esto sucedería si la humanidad fuera auténticamente católica apostólica romana, pues un alma así formada expresa el cristianismo en todo lo que hace. Se implantaría en el universo esa suprema y genuina armonía que Dios tuvo en mente al crearlo todo de la nada, y por la que nuestra alma suspira, a menudo sin darnos cuenta.

***¡El reino de la paz
se establecerá!***

Este suspiro latente, sin embargo, no caerá en el vacío. El reino de la paz cristiana no es una utopía como la victoria del mal.

Al contrario, por los méritos infinitos del Salvador y la intercesión de María Santísima, Soberana del universo, se establecerá sobre la tierra, y quizá en un futuro no muy lejano.

Si, pues, el diablo trabaja con ahínco, «rebotando furor, sabiendo que le queda ya poco tiempo» (Ap 12, 12), no seamos menos diligentes en la edificación del Reino de Cristo y, como dignos hijos de la armonía, luchemos sin cesar para que la voluntad de Dios se cumpla pronto, establemente, «en la tierra como en el Cielo». ✠

¹ Cf. CICERÓN, Marco Tulio. *De oratore*. L. II, n.º 36.

² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 17/1/1967.

³ Cf. GARCÍA SANTOS, Amador Ángel. *Diccionario del griego bíblico*. Estella: Verbo Divino, 2011, p. 198.

⁴ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I, q. 47, a. 1.

⁵ «Como quiera que esta bondad [de Dios] no podía ser representada correctamente por una sola criatura, produjo muchas y diversas a fin de que lo que faltaba a cada una para representar la bondad divina fuera su-

plido por las otras. Pues la bondad que en Dios se da de forma total y uniforme, en las criaturas se da de forma múltiple y dividida. Por lo tanto, el que más perfectamente participa de la bondad divina y la representa, es todo el universo más que

cualquier otra criatura» (*Idem, ibidem*).

⁶ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Super Epistolam ad Romanos expositio*, c. II, lect. 4.

⁷ Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 10/1/1981.

La razón en la clausura

De las castas nupcias entre la fe y la razón procede la sabiduría, que no es más que una participación en el propio conocimiento de Dios.

✠ Valter Gonçalves Reis da Silva



En lo alto del firmamento, resplandeciendo con especial intensidad, el astro rey esparcía sus rayos sobre las inmensas vastedades del desierto, recorridas por un solitario viajero, sediento y cansado. Sin embargo, su viaje parecía haber llegado definitivamente a su fin. Acababa de encontrarse con un robusto y antiguo monasterio, cuyas paredes daban la impresión de haber resistido los embates más impetuosos de los hombres, del tiempo y del sol.

Lentos y fuertes golpes hicieron temblar la puerta, que enseguida se abrió para el viandante. Dos miradas

se cruzaron: la del vigoroso transeúnte, de carácter infatigable, lógico y sensato; y la de un venerable monje, vivaz, intuitivo y esperanzado, cuya edad sólo podía percibirse por la blancura de su cabello y de su barba. El caminante dio muestras de querer entrar en la clausura.

No obstante, querido lector, antes de continuar con nuestra historia, creo que conocer los nombres de estos dos personajes nos será provechoso. El peregrino se llama razón; el monje, fe. El desierto es la vida del hombre en esta tierra; el monasterio, la Iglesia; y la clausura, la doctrina católica.

Además, conviene plantearnos dos preguntas. ¿Tiene el huésped —es decir, la razón— algún papel en la doctrina católica, o la clausura es un privilegio de la fe? Por otra parte, la razón, que vaga tan libremente por el desierto, ¿no se estaría condenando así a una perpetua prisión? Veámoslo.

El oficio de la razón

La razón es la facultad por la cual el hombre supera en excelencia a todos los demás animales, pues sólo él puede conocer y cuestionar la naturaleza de las cosas. Preguntas como «quién soy», «de dónde vengo», «hacia dónde voy» son tan antiguas como la propia humanidad, que busca continuamente desenmarañar los misterios que la rodean.

De esta investigación surge la ciencia, un conjunto de proposiciones correctas metódicamente relacionadas entre sí por sus causas y principios.

*En esa metáfora,
¿tiene el huésped,
es decir, la razón,
algún papel en la
doctrina católica,
o la clausura es un
privilegio de la fe?*



«Monjes en una iglesia en ruinas», de Charles-Caïus Renoux - Museo de Bellas Artes, Grenoble (Francia)

Por tanto, lo que la razón indaga es la verdad.

Pero ¿qué es la verdad? Por un lado, consiste en la correspondencia o adecuación de aquello que está en el pensamiento con la realidad. Si, por ejemplo, en un día soleado alguien nos dice que está lloviendo, sólo por cortesía no lo llamaremos mentiroso. ¿Por qué? Porque su pensamiento no se corresponde con la realidad.

Sin embargo, la verdad también posee un carácter trascendental, porque se fundamenta en el Verbo de Dios, que declaró: «Yo soy el camino y la verdad y la vida» (Jn 14, 6). Toda verdad tiene su origen en la Verdad suprema, que es Dios, como confiesa poéticamente el Águila de Hipona: «Allí donde hallé la verdad, allí hallé a mi Dios».¹

Ahora bien, si la razón se dedica a buscar la verdad, su finalidad última sólo puede consistir en alcanzar la Verdad suprema, es decir, Dios. No obstante, ¿sería la razón capaz de conocer a Dios aún en esta tierra, o únicamente lo veremos en el Cielo tal cual es (cf. 1 Jn 3, 2)?

La fe acude en ayuda de la razón

Conocemos lo que nos rodea a través de los cinco sentidos: sin la vista no sabríamos qué son los colores, y sin el tacto no distinguiríamos entre lo liso y lo áspero. Pero el hecho de que el Altísimo escape a la percepción de nuestros sentidos no impide que lo conozcamos de alguna manera: «Lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, son perceptibles para la inteligencia a partir de la creación del mundo a través de sus obras» (Rom 1, 20).

Por consiguiente, aunque no logremos saber cómo es Dios en sí mismo, al menos podemos, por analogía con las criaturas, conocer algo de su insondable perfección, reflejada en el orden del universo. La perennidad de las montañas nos da una idea de la eternidad divina, la inmensidad del universo refleja su infinitud, la multitud de seres vivos in-

dica su superabundante dadivosidad, y así sucesivamente. La creación, por tanto, postula la existencia de Dios como un hecho comprobado por la razón.

Pero si podemos llegar al conocimiento de Dios y de la verdad sólo por la razón, ¿para qué sirve la fe? Hay dos clases de verdades que el Señor nos ha revelado: algunas están al alcance de la razón —por ejemplo, el alma y su in-

mortalidad, la existencia de Dios y su perfección, la necesidad de practicar la virtud—; otras la exceden —como el misterio de la Santísima Trinidad, la unión hipostática de las naturalezas divina y humana en Nuestro Señor Jesucristo, el mundo de la gracia, la resurrección futura y los seres angélicos—, y requieren el asentimiento de la fe.

No obstante, la bondad divina dispuso que las primeras también fueran objeto de la fe. ¿Por qué? Porque, debido a su sublimidad, pocos serían los hombres que las podrían alcanzar por la simple razón.

¿Cómo encontrarían tiempo para hacer un curso de filosofía aquellos que con dificultad sacan de la tierra su sustento y están ocupados en mil tareas? Además, los hombres se dejarían influenciar fácilmente por falsos argumentos, los que los llevaría a desviarse de la verdad, si ésta no estuviera de antemano establecida por la fe. Finalmente, no todos estarían dispuestos a embarcarse en tal investigación, ya que la pereza y las pasiones desordenadas no son ajenas a la naturaleza humana. De ahí que Santo Tomás concluya que la humanidad «permanecería inmersa en medio de grandes tinieblas de ignorancia, si para llegar a Dios sólo tuviera expedita la vía racional».²

Además de esas verdades alcanzables con esfuerzo por la razón, el Creador también nos ha revelado, como dijimos, otras que escapan a nuestro entendimiento. El Altísimo lo hizo así para que nos alejáramos de la presunción, madre del error. De hecho, muchas personas juzgan como verdadero sólo lo que ven, y desprecian como fantasía todo lo que no captan con los sentidos. «Para librar, pues, al alma humana de esta presunción y hacerla venir a una humilde investigación de la verdad, fue necesario —explica el Doctor Angélico— que se propusieran al hombre, por ministerio divino, ciertas verdades que excedieran plenamente la capacidad de su entendimiento».³



Alegoría de la fe, detalle de «Fe, esperanza y caridad», de Heinrich María von Hess - Museo del Hermitage, San Petersburgo (Rusia)

Hay dos clases de verdades que el Señor nos ha revelado: unas están al alcance de la razón; otras la exceden, y requieren el asentimiento de la fe



Cabe añadir una última consideración: dado que la certeza conferida por la fe se funda plenamente en la autoridad divina, su testimonio debe recibir mucho más crédito por nuestra parte que las alegaciones de la razón, aunque éstas nos resulten más evidentes. Debido a la debilidad de nuestra inteligencia causada por el pecado original, a menudo emitimos juicios erróneos e imprecisos, mientras que Dios nunca se equivoca ni puede engañarnos. Por eso, Santo Tomás⁴ afirma que sin la fe viviríamos inmersos en la mentira.

La razón acude en ayuda de la fe

Acabamos de afirmar que la fe se cimenta en la autoridad divina. Pero ¿esto no es una conclusión dictada por la fe? ¿No estaríamos entrando aquí en un círculo vicioso? Paradójicamente, la noción de la autoridad e infalibilidad de Dios nos la da la propia razón. Ésta nos prueba, como hemos visto, que Dios existe y, acto seguido, nos demuestra que no incurre en mentira. En resumen, la razón fundamenta ciertos preámbulos de la fe.

A través de ella, el hombre también puede tener una comprensión más profunda de las verdades de la fe, valiéndose de analogías: la luz material es una sombra de la Luz eterna, el cordero recuerda al Crucificado, el espacio exterior representa un esbozo de la prodigalidad divina.

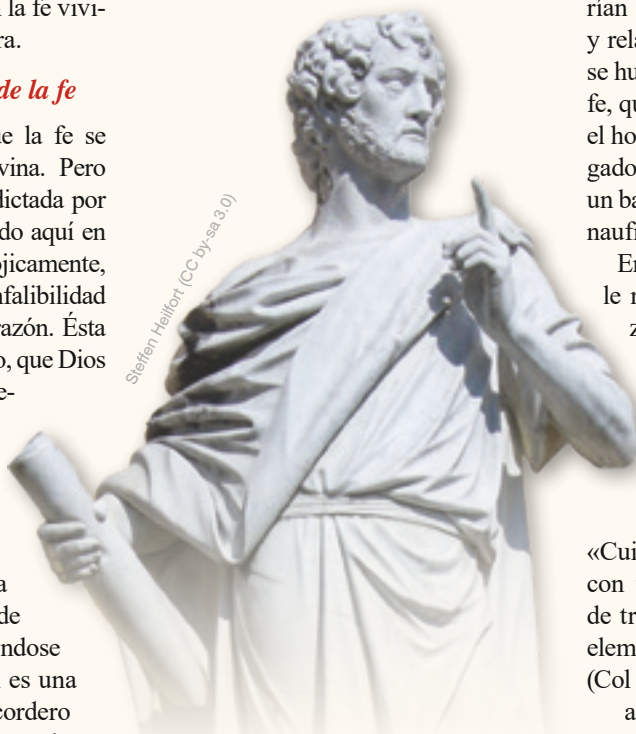
Por último, la razón cumple una función apologética, pues a través de ella el fiel puede oponerse a quienes atacan la fe, exponiendo la falsedad de sus argumentos, como aconseja San Pedro: «[Estad] dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza» (1 Pe 3, 15).

Alianza y guerra entre fe y razón en la historia

La relación entre fe y razón, que acabamos de bosquejar sumariamente, siempre ha sido objeto de acalora-

das discusiones a lo largo de los siglos. Podríamos resumir en cuatro las posiciones adoptadas.

En la primera se incluyen todos aquellos que han descuidado tenazmente el papel de la fe. Aunque se puede identificar personas así a lo largo de la historia, conviene señalar que su número se ha multiplicado de manera abrumadora desde el siglo XVI, sobre todo con la llegada de la filosofía moderna y el humanismo.



Steffen Heilfort (CC BY-SA 3.0)

Alegoría de la filosofía - Fundación de los Palacios y Jardines Prusianos de Berlín-Brandeburgo, Potsdam (Alemania)

Desde entonces, el hombre pasó a ocupar el centro de la investigación filosófica y científica, y diversos pensadores se esforzaron por restringir los límites del conocimiento humano, así como sus condiciones. De este modo, «la razón, bajo el peso de tanto saber, se ha doblegado sobre sí misma haciéndose, día tras día, incapaz de levantar la mirada hacia lo alto para atreverse a alcanzar la verdad del ser»,⁵ como afirma el papa Juan Pablo II. De ahí surgirían todas las formas de agnosticismo y relativismo en las que la humanidad se hunde cada vez más. Despreciada la fe, que actúa como auxilio de la razón, el hombre se ve inmediatamente entregado a las vicisitudes del mundo, como un barco que, sin faro, está destinado al naufragio.

En segundo lugar se sitúan quienes le negaron cualquier crédito a la razón. Precipitándose en un fideísmo radical, osaron declarar: «Lo creo porque es absurdo». Tertuliano fue, sin duda, uno de los principales exponentes de esa tesis, erróneamente basada en la autoridad de San Pablo: «Cuidado con que nadie os envuelva con teorías y con vanas seducciones de tradición humana, fundadas en los elementos del mundo y no en Cristo» (Col 2, 8). Queda claro que el Apóstol, al advertir así a los colosenses, no censuraba el papel de la razón, sino ciertas especulaciones esotéricas y gnósticas, en las que se prometía la bienaventuranza sólo por el conocimiento de algunas verdades, reservadas a unos pocos elegidos.

En el tercer grupo se encuentran aquellos que impusieron una distancia entre la fe y la razón. Destacan especialmente los discípulos del filósofo árabe Averroes, los cuales, temerosos de aceptar la supremacía de la ciencia filosófica sobre la fe —como había hecho su maestro—, prefirieron optar por la teoría de la «doble verdad». Según ellos, la fe y la razón abordan verdades diferentes, dispares entre sí. Es decir,

La razón fundamenta ciertos preámbulos de la fe, ayuda a comprender en profundidad sus verdades y defenderlas al ser atacadas

admitían la posibilidad de que hubiera contradicción entre ellas. La fe podía, por ejemplo, proclamar la libertad humana y la razón contestarla, afirmando que el libre albedrío desaparece bajo los golpes del destino.

Por último, en el cuarto bloque se encuadran los que resguardaron la armonía entre las dos. Defienden el principio de que no puede haber conflicto entre la fe y la razón, ya que ambas no son más que dos canales que conducen a la misma fuente: la verdad. De ahí que Juan Pablo II comience su encíclica sobre el tema con estas palabras: «La fe y la razón son como dos alas con las que el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad».⁶

Esta propuesta fue ampliamente difundida entre los Padres de la Iglesia, especialmente por San Justino, Clemente de Alejandría y San Agustín. Además de ellos, hubo egregios doctores de la escolástica que siguieron la misma senda: entre otros, San Anselmo y, sobre todo, Santo Tomás de Aquino. La aportación de estos paladines de la Iglesia se sintetizaría en las máximas: «Creo para entenderlo» y «Entiendo para creerlo». Sus principales conclusiones ya las hemos transcrito más arriba al indicar los auxilios de la fe a la razón y viceversa.

Un sagrado consorcio

Tras esbozar a grandes rasgos la relación entre la fe y la razón, siguen en pie las interrogantes planteadas al principio del artículo.

En cuanto a la primera —si la razón tiene algún papel en la doctrina católica—, la respuesta es ciertamente afirmativa: la fe, solitaria en su claustro, no sólo puede admitir la entrada de la razón, sino que debe recibirla; si no fuera así, perecería por falta de defensa, de preámbulos y de desarrollo.

¿Y la segunda cuestión? ¿No queda la razón atrapada en la clausura? Todo lo contrario: a través de la Revelación se le abren infinitos espacios para la especulación.



San Agustín, de Philippe de Champaigne - Museo de Arte del Condado de Los Ángeles (Estados Unidos)

Reproducción

*Quien cultiva en sí esa
unión entre fe y razón
lo verá todo al mismo
tiempo en su realidad
concreta y palpable,
y en su forma más
sublime y sobrenatural*

Después de todo, de las castas nupcias entre la fe y la razón procede la sabiduría, que no es más que una participación en el propio conocimiento de Dios. Quien cultiva esta unión en su interior tenderá a verlo todo al mismo tiempo en su realidad concreta y palpable, sin sueños ni fantasías, y en su forma más sublime y sobrenatural, con un *élan* casi irrefrenable hacia altísimas consideraciones.

Por lo tanto, querido lector, si anhela alcanzar ese estado de espíritu

apto para la fuerza y la dulzura, para la tranquilidad y lo inesperado, para la alegría y la tristeza, para la elocuencia y el silencio, en una palabra, para todos los opuestos ordenados, sin perder nunca de vista el eje fundamental, que es la sabiduría, conserve siempre ese sagrado consorcio.

La razón iluminada y al servicio de la fe hará que no seamos «niños sacudidos por las olas y llevados a la deriva por todo viento de doctrina, en la falacia de los hombres, que con astucia conduce al error» (Ef 4, 14). ✚

¹ SAN AGUSTÍN. *Confesiones*. L. X, c. 24, n.º 35.

² SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Summa contra gentiles*. L. I, c. 4.

³ *Idem*, c. 5.

⁴ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Super De Trinitate*, q. 3, a. 1.

⁵ SAN JUAN PABLO II. *Fides et ratio*, n.º 5.

⁶ *Idem*, n.º 1.



Razonar con base en los principios de la fe

Uniendo la fe con el sentido común y el gusto por el razonamiento, el Dr. Plinio se acostumbró, desde niño, a considerar los problemas referentes a la Iglesia o a la doctrina católica de tal manera que intuía la solución incluso antes de que ésta se hiciera explícita.

✎ **Plinio Corrêa de Oliveira**

Tengo una vaga idea de mis primeros razonamientos. Ni siquiera me acuerdo de qué asuntos trataban, pero sí recuerdo que, en cierto momento, me di cuenta de algunas demostraciones lógicas que me habían hecho. Puedo imaginar qué demostraciones incipientes debieron ser: un dato, otro, tal otro; luego, conclusión.

En un momento dado, hice la siguiente reflexión: «¡Curioso cómo funciona! Y coincide con lo que estoy viendo. ¡Qué maravilla!». Recuerdo que me quedé literalmente encantado cuando explicité la existencia del razonamiento y de un proceso mediante el cual podía experimentar, utilizar y conocer otras verdades que desconocía. Es natural, ya que el hombre es un animal racional.

Cuando esto se me hizo evidente, tuve un fabuloso gusto de razonar, derivado de dos impresiones. La primera, la del horizonte que se me ampliaba. La segunda, característica del hombre, el gusto por la propia destreza, al percibir en mí mismo la fuerza del acto de razonar, lo que me llevaba a exclamar: «¡Qué bien, soy racional!».

Estoy seguro de que esto le ocurre a todo el mundo, y no lo estoy presentando en modo alguno como un hecho excepcional, ni como una manifestación de talento o virtud mayor que la

de otro. Sin embargo, no todos eligen la opción correcta ni prestan atención al razonamiento.

La clave del razonamiento es el sentido común

Cuando empecé a prestar atención al razonamiento y a ensayar razonamien-

tos, me quedé, como he dicho, encantado. Pero no podía evitar preguntarme lo siguiente: «¿Cuántas convicciones tengo en el alma que no han sido razonadas? ¿Serán verdaderas? Porque, si la verdad se alcanza mediante un razonamiento bien hecho, a toda certeza le debe preceder un razonamiento. Tengo el alma llena de certezas; ¿dónde están los razonamientos?».

Me acuerdo literalmente de eso, y de haber llegado a la siguiente conclusión: «Ya tengo tantas certezas que si fuera a razonarlo todo pasaría el resto de mi vida confirmando lo que ya sé. Esta forma de proceder parece muy lógica, pero hay algo que no cuadra. Ahí emerge algo que distingo: va contra el sentido común.

»Ah, entonces existe una cosa llamada sentido común, al que el razonamiento no siempre obedece. Cuidado con el razonamiento... Es magnífico, pero podría compararse con un automóvil o, menos prosaicamente, con caballos corriendo en una pista. Fuera de la pista, ¡conduce al desastre! La pista del razonamiento es el sentido común. Hay una especie de fundamento interior en la persona que, cuando la lógica se lanza al galope y le da una patada al sentido común, debe ponerle freno a la lógica. No puede haber conflicto entre el razonamiento y el sentido común, pero mientras el con-



«Me quedé literalmente encantado cuando explicité la existencia del razonamiento»

Plinio a los 2 años

Reproducido

flicto no se haya resuelto, prevalece el sentido común. Razonamiento que le da una patada al sentido común, ¡no!».

¿Qué es el sentido común? Es una pregunta que me hice.

Respuesta: «Todavía no lo sé, pero es algo que existe dentro de mí. Si acepto cualquier puñalada del razonamiento en ese sentido común, sangro. Por el contrario, sé que si el razonamiento florece en la línea del sentido común, camino de acuerdo con el orden y la armonía».

Ahí entra la Iglesia Católica.

Fe, sentido común, razonamiento

Mis padres me matricularon en el Colegio San Luis,¹ y allí comencé a recibir clases metódicas de religión. Además, los sacerdotes abordaban ese tema en varias materias, con una lógica jesuita incomparable. De ahí que tuviera la impresión de que había encontrado no una escuela de lógica, sino la escuela de lógica.

Porque los veía razonar —y todos tenían la misma lógica— y me decía a mí mismo: «Por muy maduro que sea en el futuro y por mucho que estudie, estoy seguro de que más lógica que ésa no adquiriré. Ahora bien, la lógica de esos sacerdotes nunca choca con mi sentido común; al contrario, cuando razonan, siento que mi sentido común se distiende y se alegra.

»Por otro lado, su lógica agudiza la mía. Al verlos razonar, sé enfocar mi mente para razonar de tal manera que se diría que una nueva luz entra en mí. ¿Qué es esto? Me doy cuenta de que justifican la fe católica».

Entonces, tenemos un taburete de tres patas: fe católica, sentido común y lógica.

Rocío que cae del cielo

Cada vez que raciocinaba con base en los principios de la fe —todo lo que la Iglesia enseña acerca de Dios, de sí misma, de su historia; las narraciones de la historia sagrada y los evangelios; los puntos de doctrina que me iban transmi-



Jeff Griffith / Unsplash

El razonamiento puede compararse con caballos corriendo en una pista, que es el sentido común: fuera de ella, iconduce al desastre!

Carreras de caballos en Tampa (Estados Unidos)

tiendo, como los sacramentos—, sentía que mi sentido común se alegraba mucho más. Y pensaba: «¿Cómo se eleva mi sentido común! Estos principios son como el rocío que cae del cielo sobre la vegetación. ¡Qué cosa tan estupenda, no se podría imaginar nada igual!».

Esto ocurría con todo, incluso con los puntos que yo veía que los ateos de mi entorno atacaban más. Por ejemplo, con respecto a la presencia real decían: «¿Cómo puede haber un hombre en un trozo de pan? Y un hombre que murió hace dos mil años... ¡El pan es pan, y el hombre es hombre! No puedo creer en eso. Soy un espíritu fuerte».

Y yo razonaba: «Si alguien dijera que es pan, yo afirmaría que está loco. Nuestro Señor Jesucristo dice que es pan, yo exclamo: ¡Él es Dios! ¡Tal es su santidad, su sabiduría! No solo yo, un niño, sino ningún hombre inventaría una persona como Nuestro Señor Jesucristo; Él está por encima de cualquier cogitación humana. Este hombre no es inventado, no puede ser objeto de la creación literaria de nadie. Él es el Creador humano. Y de ahí proviene ese poder: cuando dice: “Este pan es mi carne”, lo es. Y yo, en lugar de decir “loco”, doblo las rodillas y beso el suelo.

»Aquel individuo decía que era un espíritu fuerte; ¡es un imbécil! Sé muy bien de dónde viene su “espíritu fuer-

te”. Si Dios lo eximiera —por cierto, Dios nunca haría eso— de practicar dos mandamientos que conozco, también se lo creería; se trata de un rebelde, no de un fuerte. Es ateo porque es rebelde. ¡No tengo nada en común con él!».

Alegría del alma al vislumbrar la solución

Pensaba mucho en todo lo relacionado con la Iglesia, observaba, analizaba. No se trataba tanto de leer. He leído bastante, pero nunca he sido un hombre principalmente lector. Siempre he sido muy observador y amigo de la reflexión; y, a propósito de mis observaciones y reflexiones, entonces leía.

Y fui notando que el binomio razonamiento-sentido común, cuando se aplicaba a la fe, tenía un resultado curioso: a menudo, cuando me planteaba un problema referente a la Iglesia o a la doctrina católica, antes de saber resolverlo ya percibía cuál era la solución.

Se había formado en mí, por mi unión con la Iglesia, una especie de sentido común complementario y superior, que era el sentido de la cosa católica. De manera que, incluso antes de saber qué enseñaba la Iglesia y cómo ésta resolvía tal problema moral, o explicaba tal movimiento de la historia o tal circunstancia de la vida, antes de hacer el razonamiento que uniera un punto con otro,



El hombre, combinando los conocimientos que tiene por la fe con los que posee por la razón, puede formar, con pleno desarrollo de su sentido común, un magnífico tesoro de certezas

Mirador Piedra del Molinero - Dolní Zálezly (República Checa)

antes de buscar un libro para consultar, en la gran mayoría de los casos —no siempre— ya vislumbraba la solución. Y esta solución me traía una extraordinaria alegría de alma.

Sentido católico

Entonces, de manera natural, nació en mí algo cuya definición llegué a conocer más tarde: el sentido católico. Es ese sentido común sobre las cosas de la fe que vuela delante del razonamiento, el cual, reverente, recorre como un viandante con su bastón, en la tierra, el trayecto que el pájaro hizo volando en el cielo. El sentido común une los distintos eslabones, los diversos elementos para que el razonamiento camine hasta el final.

Dotado de sentido católico y comprendiendo que se trataba de un favor, de una bondad de Nuestra Señora, caminé hacia la constitución de mi mentalidad, tal y como se fue desarrollando a lo largo de mi vida.

Tal postura tenía que dar este resultado: a medida que conocía y analizaba a la Iglesia, me iba maravillando cada vez más con ella.

No se puede tener certeza plena sin la fe católica

¡Con cuánta certeza he hablado del sentido común y del razonamiento! Pero me doy cuenta de que todas esas certezas que poseo, yo no tendría personalidad ni fuerza para adquirirlas si no fuera por la fe.

No se trata de una fe cualquiera. La Santa Iglesia Católica Apostólica Romana es única, y fuera de ella ninguna otra merece el nombre de fe. Al creer en esta infalibilidad, todos los tesoros se abren ante mí; al perderla, mis certezas se debilitan, mi sentido común se vuelve gelatinoso y no soy nada.

Acabo de decir que el hombre, tomando los conocimientos que tiene por la fe y combinándolos con los que posee por la razón, puede formar, con pleno respeto y desarrollo de su sentido común, un magnífico tesoro de certezas. Pero sin la gracia de Dios no lo consigue. Puede tener certeza en uno u otro punto —como un científico que ha descubierto una reacción química—, pero serían certezas fragmentarias. Y los pedazos de certeza no forman una certeza, como los trozos de vidrio no constituyen una vidriera. La certeza pertenece al conjunto de verdades que se refieren al hombre, a Dios y al universo. Esto es certeza.

En función de eso las certezas científicas y otras encajan, se ordenan. Pero no se puede tener plena ni adecuada certeza sin la santa fe católica apostólica romana.

La fe amplía horizontes, ordena el pensamiento

Es cierto que la razón humana, sin recurrir a la Revelación, encuentra por sí misma muchas verdades que

también están contenidas en ella, como, por ejemplo, la unicidad de Dios o la demostración de que los mandamientos del decálogo son justos.

Pero sin la gracia de Dios, el hombre no sería capaz de mantener durante mucho tiempo una noción clara de los diez mandamientos ni sería capaz de practicarlos de manera duradera, aunque pudiera conocerlos.

San Pablo muestra que somos copartícipes de la naturaleza divina (cf. Rom 8, 16-17); algo de la propia vida de Dios habita en nosotros. Por la luz, por la fuerza que nos viene de la gracia, la inteligencia y la voluntad pueden creer, conocer y practicar respectivamente lo que deben. Con la gracia, la inteligencia se engrandece y empieza a conocer verdades que el hombre nunca conocería, ni siquiera antes del pecado original, si no fuera por la Revelación.

La fuente de la gracia es la Iglesia Católica, y la cúpula de la Iglesia Católica es el Papa, la infalibilidad pontificia. Aquí tenemos la ordenación, el calor del alma con el que nosotros, los católicos, debemos vivir. ✠

Extraído, con adaptaciones al lenguaje escrito, de:
Conferencia. São Paulo, 17/10/1981.

¹ Colegio de los padres jesuitas, de São Paulo.



El fuego santo de la fe de María

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

§149 Durante toda su vida, y hasta su última prueba, cuando Jesús, su hijo, murió en la cruz, su fe no vaciló. María no cesó de creer en el «cumplimiento» de la Palabra de Dios. Por todo ello, la Iglesia venera en María la realización más pura de la fe.

Uno de los momentos más bellos y simbólicos del Sábado Santo tiene lugar mientras, en la oscuridad y en el silencio, los fieles esperan el comienzo de la celebración. Las luces que suelen iluminar el templo parecen haber sucumbido, vencidas por densas sombras. Una única claridad permanece invicta: las brasas del fuego sagrado. En breve, junto a éste, empezará la ceremonia y en él se encenderá el cirio pascual, que transmitirá el *lumen Christi* a toda la iglesia.

Si bello es el simbolismo de ese fuego que vence a las tinieblas, ¡cuánto más lo es el de otro «fuego» que representa!

Leemos en los santos evangelios que, estando Jesús en la cruz, desde la hora sexta hasta la hora nona toda la tierra se cubrió de tinieblas (cf. Mt 27, 45). Se trata de tinieblas físicas, sin duda, pero más aún de tinieblas espirituales, pues la luz de la fe se desvanece en los corazones de los discípulos y de las Santas Mujeres. Sin embargo, como observa el Dr. Plinio, «hay una lámpara que no se apaga, ni parpadea, y que, sólo ella, arde plenamente, en esa oscuridad universal. Es la Virgen Santísima, en cuya alma la fe brilla tan intensamente como siempre. Ella cree. Cree enteramente, sin reservas ni restricciones. Todo parece haber fracasado. Pero Ella sabe que nada ha fracasado. En paz, espera la Resurrección. Nuestra Señora resumió y compendió en sí a la Santa Iglesia en esos días de tan extensa deserción».¹

¿Cómo era, entonces, la fe de María? Podemos afirmar, con San Luis Grignion de Montfort, que fue mayor que «la fe de todos los patriarcas, profetas, Apóstoles y todos los santos».² Por lo tanto, se trata de la mayor fe que ha existido en la historia. ¿Cómo se explica esto?

La fe es una virtud sobrenatural infusa, por la cual asentimos firmemente a las verdades reveladas, apoyados en la autoridad o testimonio de Dios. Ahora bien, Cristo, nuestro Señor, siendo la segunda persona de la Santísima Trinidad y estando su alma en la visión beatífica, incluso en su naturaleza humana ya veía esas verdades reveladas en la propia esencia divina y, por eso, no tuvo ni podría tener fe. Es en este sentido que la Santísima Virgen constituye el más alto y sublime modelo de fe que haya existido jamás.³

La fe de María fue sometida a una triple prueba: la de lo invisible, la de lo incomprensible y la de las apariencias contrarias. Y las superó de manera verdaderamente heroica, porque «vio a su Hijo en el establo de Belén y creyó que era el Creador del mundo. Lo vio huir de Herodes y no dejó de creer que era el Rey de reyes. Lo vio nacer en el tiempo y creyó que era eterno. [...] Lo vio,

finalmente, maltratado y crucificado, morir en el más ignominioso patíbulo y siempre creyó en su divinidad».⁴

En efecto, nunca ha habido ni habrá en la tierra una fe como la de María. ✚

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Via-Sacra. XIV Estação». In: *Legionário*. São Paulo. Año XVI. N.º 558 (18 abr, 1943), p. 5.

² SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT. *Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge*, n.º 214.

³ Cf. ROYO MARÍN, OP, Antonio. *La Virgen María*. Madrid: BAC, 1996, p. 274.

⁴ ROSCHINI, OSM, Gabriel. *Instruções marianas*. São Paulo: Paulinas: 1960, p. 162.

«Hay una lámpara que no se apaga, ni parpadea; sólo ella arde plenamente en esa oscuridad universal: la Santísima Virgen»

Nuestra Señora de la Resurrección -
Casa de Formación Thabor, Caieiras (Brasil)



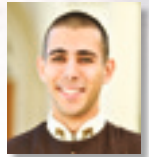
Sergio Miyashiro



Mirando al cielo, en busca de Dios

Cuanto más exploramos el universo, más evidente se vuelve la pequeñez e ignorancia del hombre. Incluso después de tantos siglos de investigación, quedan muchos fenómenos que la ciencia no puede explicar.

✠ **Marco Antonio Coelho Rosseto**



La tensión se apodera de la sala de control de operaciones de la NASA. Por primera vez, ¡el hombre está a punto de dar la vuelta a la Luna! ¿Se ajustarán los cálculos a la realidad? ¿Habrá entrado correctamente la nave espacial en la órbita lunar o se habrá perdido irremediablemente en el espacio? En esos momentos se encuentra incomunicada detrás del satélite rocoso, y sólo después de unos angustiosos cincuenta minutos los operadores volverán a oír las voces de la tripulación.

Afortunadamente, logran restablecer contacto. Para alivio de todos, los astronautas están sanos y salvos.

No obstante, las emociones del día aún no habían acabado. Al término de aquella víspera de Navidad de 1968, William Anders, uno de los miembros de la misión, se puso en contacto con la base de la NASA en Houston: «Nos estamos acercando al amanecer lunar y la tripulación del Apollo 8 desearía enviarles un mensaje». El silencio reinó en la sala.

Unos instantes después, las radios repetían la voz del astronauta: «Al principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra estaba informe y vacía; la tiniebla cubría

la superficie del abismo, mientras el espíritu de Dios se cernía sobre la faz de las aguas» (Gén 1, 1-2). Mientras transcurría la lectura del primer capítulo del Génesis, varias personas en la sala de control no contuvieron su emoción. Científicos y astrónomos apenas podían creer lo que estaban escuchando.

Las misiones Apollo continuaron y al año siguiente el hombre pisaría la Luna. Un hito que marcaría la historia de la humanidad, una enorme meta sería alcanzada.

Estos y otros hechos similares pueden suscitar en nosotros una interrogante razonable: ¿qué fuerza es la responsable de impulsar a los seres humanos a invertir en esfuerzos tan grandes?



El silencio reinó en la sala y las radios transmitían el mensaje del astronauta: «Al principio creó Dios el cielo y la tierra...»

Sala de control de operaciones de la NASA en el momento en que los tripulantes del Apollo 8 presenciaron el amanecer lunar; en el destacado fotografía tomada desde la nave espacial



Fotos: Reproducción

Al fin y al cabo, ¿sólo un millar de datos científicos justificaría la desmesurada tarea de llevar personas al espacio sideral?

En realidad, parece que en el hombre existe una duda continua e intrigante que se presenta cada vez que levanta los ojos para contemplar un cielo estrellado...

Cuestiones que han acompañado a la humanidad

Desde tiempos remotos, la humanidad debate sobre el origen de los astros, las fuerzas que los mueven, las leyes a las que están sujetos.

En la antigua Grecia, nos encontramos con una amplia variedad de teorías filosóficas que buscaban respuestas a esas interrogantes de las formas más diversas. Aristóteles, el célebre pensador del siglo IV a. C., afirmaba que los hombres, «comenzaron a filosofar al quedarse maravillados ante algo, maravillándose en un primer momento ante lo que comúnmente causa extrañeza y después, al progresar poco a poco, sintiéndose perplejos también ante cosas de mayor importancia, por ejemplo, ante las peculiaridades de la luna, y las del sol y los astros, y ante el origen del Todo».¹ Con los primitivos recursos de que disponían entonces los estudiosos, la mitología acababa siendo, en la mayoría de los casos, la solución más viable para explicar cuestiones tan intrincadas.

Pero los siglos pasaron y la ciencia progresó. Como resultado, surgieron nuevas técnicas de observación de los astros. Por supuesto, los avances fueron lentos: el telescopio, una de las principales formas de recopilar información astronómica, no apareció hasta 1609,



Los siglos pasan, la ciencia avanza y la investigación sobre el origen del universo continúa

«Galileo Galilei muestra al dux de Venecia cómo usar el telescopio», de Giuseppe Bertini - Villa Andrea Ponti, Varese (Italia)

con Galileo Galilei.² Aunque se tratara de una mera luneta, era un paso indispensable.

Sin embargo, había un gran obstáculo: las dificultades para archivar la información obtenida con tanto esfuerzo. Galileo y sus contemporáneos registraban sus observaciones en simples bocetos, pero reproducir a escala exacta los resultados de un estudio sobre distancias astronómicas nunca fue una tarea fácil. Este método tan precario perduraría aún cerca de dos siglos.

Tan sólo con la llegada de la fotografía pudo la astronomía avanzar a pasos agigantados.

De la invención de la fotografía hasta la actualidad

En 1840, el químico estadounidense John William Draper tomó la primera fotografía exitosa de la Luna. Cuarenta años después, su hijo, Henry Draper, registró una imagen de la ne-

bulosa de Orión.³ Los estudios espaciales comenzaron, poco a poco, a presentar una precisión sorprendente.

A medida que la ciencia se desarrollaba, nuevos elementos se sumaban a su arsenal. La evolución tecnológica permitió un vertiginoso perfeccionamiento de los telescopios, hasta el punto de que actualmente es posible determinar las dimensiones, la distancia, la temperatura y la composición de los astros, así como realizar el análisis de las diversas gamas del espectro electromagnético, es decir, además de la pequeña porción de luz visible al ojo humano, también son captadas frecuencias de ondas de radio, microondas, radiación infrarroja y ultravioleta, rayos X y rayos gamma.⁴

Con la aparición de tantos cuadros inéditos, a principios del siglo XX una teoría polémica sobre el origen del universo adquirió argumentos más fundamentados.

El origen del universo

Aunque es un tema tan difundido como debatido, pocos saben explicar lo que realmente afirma la teoría del *big bang*.

El término fue utilizado con sentido peyorativo en un programa de radio de la BBC titulado *The Nature of Things*, por sir Fred Hoyle, un astrónomo británico opositor de esa teoría, en 1949. Desde entonces, el apodo empezó a ser utilizado para referirse a la teoría del universo en expansión.

Esa tesis científica buscaba explicar el comienzo del universo, es decir, la aparición, en un momento determinado, de toda la materia y la energía

existentes. Se fue perfilando en las primeras décadas del siglo pasado, gracias a una serie de descubrimientos, entre ellos: la teoría de la relatividad de Albert Einstein; las ecuaciones cosmológicas de Alexander Friedmann, que aplican la teoría de la relatividad general a la cosmología; y la explicidad de Mons. Georges Le-maître de que el desplazamiento hacia el rojo observado en el espectro de las nebulosas se debía a la expansión del universo. En 1931, este sacerdote católico fue el primero en proponer que el universo había comenzado con la explosión de un átomo primigenio.⁵

En 1965, otro hecho dio mayor credibilidad a la tesis: los científicos Arno Penzias y Robert Wilson descubrieron accidentalmente la existencia de radiación procedente de todas las direcciones del cielo. Se trataba del *cosmic microwave background*,⁶ la radiación más antigua del universo y distribuida por él con asombrosa regularidad.⁷ Ahora bien, esa distribución universal de una energía común es considerada un residuo de la radiación emitida en una explosión inicial, el «sobrante» de la radiación del propio Big Bang.

Además hay una serie de leyes físicas y cálculos matemáticos que corroboran esa teoría, de modo que hoy en día se presenta como un paradigma científico en lo que respecta al origen del universo. Sin embargo, éste sigue siendo un misterio, y su verdadera perspectiva continúa fuera de nuestro alcance.



La ciencia puede llevarnos muy lejos, pero nuestras aspiraciones sólo serán saciadas por el Creador

La creación de los astros -
Catedral de Bayona, Francia

Un misterio divino

Cuanto más exploramos el universo, más evidente se vuelve nuestra pequeñez e ignorancia. Incluso después de tantos siglos de investigación y con los increíbles avances tecnológicos de nuestro tiempo, quedan muchos fenómenos que la ciencia no sabe explicar. Puede llevarnos muy lejos, pero nuestra aspiración aún pide algo más. La verdad es que nunca nos conformaremos sólo con ir «muy lejos»; lo que realmente queremos es comprender los principios y las causas primeras de las realidades que nos rodean. En el fondo, queremos abrazar el infinito.

Esta dramática realidad fue muy bien expresada por el científico Robert Jastrow, fundador y director del Goddard

Institute for Space Studies de la NASA: «En este momento parece como si la ciencia nunca fuera a desvelar el misterio de la creación. Para el científico que ha vivido según su fe en el poder de la razón, la historia termina como una pesadilla».⁸ Sin embargo, abierto a la verdad de la existencia de Dios, el perplejo científico puede encontrar la respuesta adecuada a sus preguntas: «Ha escalado las montañas de la ignorancia; está a punto de conquistar la cima más alta; mientras se impulsa hacia la última roca, es recibido por un grupo de teólogos que llevan siglos sentados allí».⁹

De hecho, la única respuesta a las dudas que rodean los misterios de la creación se encuentra en el propio Creador, porque, como nos recordaba Benedicto XVI, «no son los elementos del cosmos, las leyes de la materia, lo que en definitiva gobierna el mundo y el hombre, sino que es un Dios personal quien gobierna las estrellas, es decir, el universo [...]. Por encima de todo, hay una voluntad personal, hay un Espíritu que en Jesús se ha revelado como Amor».¹⁰

Querido lector, el estudio de los astros es ante todo una invitación a amar con mayor intensidad a aquel que dispuso todas las cosas con perfecto orden y majestuosa armonía. Si, al contemplar las bellezas del universo, sabemos ascender al Sumo Artífice que las creó, nunca nos sorprenderá la reprensión contenida en el Libro de la Sabiduría: «Si fueron capaces de saber tanto que pudieron escurrir el universo, ¿cómo no encontraron antes a su Señor?» (13, 9). ✠

¹ ARISTÓTELES. *Metafísica*. Madrid: Gredos, 1994, p. 76.

² Cf. RECTOR, Travis Arthur; AR-CAND, Kimberly; WATZKE, Megan. *Coloring the Universe. An Insider's Look at Making Spectacular Images of Space*. Fair-

banks: University of Alaska, 2015, p. 52.

³ Cf. *Idem, ibidem*.

⁴ Cf. *Idem*, p. 148.

⁵ Cf. CABALLERO BAZA, EP, Eduardo Miguel. *La teología dell'interpretare il Big Bang secondo l'approccio del*

Prof. Paul Haffner. Tesis de Licenciatura en Teología – Pontificia Universidad Gregoriana: Roma, 2009, p. 37.

⁶ Del inglés: fondo cósmico de microondas.

⁷ Cf. CABALLERO BAZA, *op. cit.*, pp. 38-39.

⁸ JASTROW, Robert. *God and the Astronomers*. New York-London: W. W. Norton & Company, 1978, p. 116.

⁹ *Idem, ibidem*.

¹⁰ BENEDICTO XVI. *Spe salvi*, n.º 5.

... que muchos avances científicos se deben a la Compañía de Jesús?

Intrepidos misioneros, eminentes teólogos y hábiles diplomáticos: con la fundación de su obra, San Ignacio de Loyola dotó a la Iglesia de un auténtico cuerpo de élite, ¡repleto de santos! Además, la historia de la Compañía de Jesús está llena de notables científicos. Sería demasiado extenso nombrarlos a todos, así como sus respectivas contribuciones en las más variadas áreas del ámbito científico. Citemos, por tanto, sólo algunos.

En el campo de la astronomía, destacan el P. Christopher Clavius (1538-1612), director de la comisión que desarrolló el calendario gregoriano —en vigor hasta nuestros días—, y el P. Niccolò Zucchi (1586-1670), a quien se le atribuye la invención y construcción del primer telescopio reflector.

También son dignos de mención el P. Giovanni Battista Riccioli (1598-1671), primer estudioso en determinar el índice de aceleración de un cuerpo en caída libre, y el P. Francesco María Grimaldi (1613-1663), precursor de Isaac Newton en el estudio de la difracción de la luz, quienes juntos lograron elaborar un detallado mapa del relieve lunar. Cabe señalar un dato interesante: al menos treinta y cinco cráteres lunares llevan el nombre de astrónomos y matemáticos jesuitas...

Otros, como los sacerdotes Ruđer Bošković (1711-1787) y Athanasius Kircher (1602-1680), si bien desempeñaron un significativo papel como astrónomos, brillaron especialmente en otras disciplinas: el primero es conocido como el creador de la física atómica, mientras



Reproducción

Jesuita astrónomo con el emperador chino Kangxi - Centro Getty, Los Ángeles (Estados Unidos)

que el segundo es llamado el padre de la egiptología, debido al impulso inicial que conferirían a esas ciencias. Por la misma razón, la sismología, es decir, el estudio de los terremotos y la estructura interna de la Tierra, se conoció en ciertos ámbitos como ciencia jesuita. ✧

... que Lourdes tiene dueño?

Quien haya visitado la ciudad de Lourdes, en Francia, seguramente se habrá fijado en un castillo medieval que domina toda la región. Sin embargo, pocos conocen su historia y la de su señora feudal. Esta dama se lo conquistó a un pagano llamado Mirat, a principios del siglo IX, con la ayuda de un virtuoso obispo y de un gran emperador.

Carlomagno se encontraba con su ejército en el condado de Horre. Ya había sitiado varias ciudadelas, cuyas débiles tentativas de resistencia sirvieron de poco o nada contra su brazo implacable. La única plaza que aún se sostenía mediante un interminable asedio era Mirambel, pues, además de hallarse en un lugar estratégico, pertenecía a Mirat, un experimentado y valiente guerrero.

El emperador estaba a punto de levantar el cerco, por considerarlo inútil, pero el obispo de Puy-en-Velay inter-

Dennis G. Jarvis (CC by-sa 2.0)



Castillo de Lourdes (Francia)

vino, afirmando que convencería a Mirat para que entregara la fortaleza.

Con el consentimiento de Carlomagno, el obispo partió como embajador para iniciar las negociaciones. Tras largas discusiones, el duro corazón del

guerrero pagano se ablandó y el prelado le hizo entonces la propuesta que había querido presentar desde el principio: «Puesto que no queréis ceder vuestro castillo al emperador, cedédselo a una Señora incomparablemente superior y más generosa, la Reina del Cielo y de la tierra, María Santísima, Señora de Puy».

Mirat, asumido por la gracia, aceptó y pidió el bautismo, que se celebró poco después en la catedral de Puy. En esa misma ocasión fue armado caballero y eligió el nombre de Lorus, lo que más tarde legó la denominación de Lourdes a su feudo, o mejor dicho, al de la Virgen. A partir de entonces, hasta la Revolución francesa, todos los condes de Horre comenzaron a pagarle un tributo anual, en la misma catedral, a Nuestra Señora.

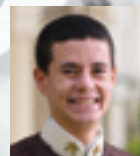
Por lo tanto, cuando la Virgen se reveló como la Inmaculada Concepción, quiso hacerlo en un lugar del que era oficialmente la Señora feudal. ✧



Y la ciencia se inclinó ante la fe...

Muchos hombres utilizan la ciencia para tratar de demostrar que Dios no existe. Sin embargo, el renombrado médico Francis Collins defiende la razonabilidad científica de su fe.

✎ João Paulo de Oliveira Bueno



El universo encierra innumerables misterios que inquietan el corazón humano. Desde los astros más grandes hasta los diminutos granos de arena, todo contiene maravillas y complejidades tan armoniosas que no hay forma de eludir las preguntas: «¿Cómo es posible que esto exista de esta manera? ¿Hay una mente detrás de tal orden?». El deseo de conocer la verdad nos lleva, entonces, a ahondar en los enigmas que cada rincón del mundo esconde.

Sin embargo, hay muchos estudiosos que utilizan sus conocimientos para intentar negar la existencia del Creador y que buscan desvelar tales misterios únicamente a través de causas segundas, haciendo todo lo posible por evitar la conclusión última y definitiva: en el origen de todo está Dios.

Pero, afortunadamente, no representan a la totalidad de los científicos. Entre los que salen de la norma destaca Francis Collins, gran exponente de la bioquímica y director de la comisión de estudios internacional del *Proyecto Genoma Humano*. No se conforma con tener fe, sino que se esfuerza por proclamarla a los cuatro vientos. Es autor de obras que pretenden fundamentar el cristianismo en datos obtenidos de sus investigaciones y su experiencia personal.

Algunos pensarán que se trata de otro católico más que, al convertirse en

científico, se sirvió de sus conocimientos para sustentar sus creencias; no obstante, eso está lejos de ser su historia.

Orígenes ajenos a la fe

Francis Collins nació en 1950 y tuvo una infancia no muy diferente a la de cualquier otro joven estadounidense de su época.

Creció en una pequeña granja del estado de Virginia, en un entorno ajeno a la religión. Desde su primera juventud manifestó fascinación por las ciencias. Le encantaba poder conocer los átomos y moléculas que constituyen los seres vivos y no tenía otro propósito en su vida que dedicarla al estudio del universo a través de la química. Pero la Providencia divina le había asignado un papel muy superior al que jamás era capaz de imaginar.

A los 16 años ingresó en la Universidad de Virginia para estudiar su materia favorita y seguir la carrera científica. Como joven novato, se entusiasmaba con las cuestiones candentes que bullían entre los alumnos, las cuales, naturalmente, también convergían en el problema de la existencia de Dios. Al tener una espiritualidad muy precaria, era arrastrado fácilmente por los argumentos de sus colegas ateos.

En ese momento de su vida se convenció de que, si bien las religiones habían desempeñado un papel muy im-

portante en la formación de las culturas, no sostenían una verdad fundamentada. Por esta razón, empezó a declararse agnóstico, término usado para indicar a alguien que simplemente no sabe si Dios existe o no.

Así se fueron formando en su mente una serie de prejuicios con respecto al cristianismo.

Del agnosticismo al ateísmo

Después de graduarse en Química, se doctoró en Física y Química en la Universidad de Yale, con tan sólo 22 años. Francis Collins estaba cada vez más convencido de que el universo podía explicarse únicamente mediante ecuaciones y principios físicos. Así, poco a poco fue abandonando su postura agnóstica para emprender el camino del ateísmo convencido: «Me sentía bastante cómodo cuestionando las creencias espirituales de cualquiera que las mencionara en mi presencia, y definía estos puntos de vista como sentimentalismo y supersticiones anticuadas».¹

Sin embargo, su posición militante frente a la religión no era meramente fruto de razonamientos. Collins confiesa que el ateísmo, en el fondo, era resultado de una justificación para sus actos morales, una actitud que más tarde calificaría como «ceguera voluntaria». La creencia en Dios exigía un cambio de costumbres que no estaba dispuesto a asumir.

Tras el doctorado, Francis se dio cuenta de que sus estudios y tesis sobre termodinámica —área que, en su opinión, ya no ofrecía nuevos avances significativos— lo conducirían por un camino que le repugnaba: el de un profesor universitario dedicado exclusivamente a dar clases a estudiantes apáticos. Este temor lo llevó a inscribirse en un curso de Bioquímica, un campo con más posibilidades de desarrollo.

El sufrimiento le abre los ojos

Poco antes de concluir su doctorado, había solicitado ser admitido en la Facultad de Medicina de Carolina del Norte.

En el tercer año de estudios, tuvo la oportunidad de entrar en contacto con la realidad de un hospital y adquirir intensas experiencias en el trato con pacientes. Allí se dio el primer paso hacia un giro radical en su vida.

Cuando los enfermos se enfrentaban al sufrimiento y a la inminencia de la muerte, a menudo desaparecía esa reserva que normalmente impide a los desconocidos intercambiar sentimientos íntimos. Los alumnos de Medicina acababan convirtiéndose en los confidentes más asiduos —o incluso en fieles amigos— de los dolientes y moribundos, que ya no tenían por qué ocultar sus pensamientos sobre la vida.

El joven en prácticas Francis Collins se quedaba asombrado al ver la espiritualidad de la mayoría de los enfermos. Presenciaba momentos en que la fe les proporcionaba una serenidad definitiva, a pesar de los sufrimientos, y le extrañaba el hecho de que ninguno de sus pacientes se rebelara contra Dios ni exigiera a sus familiares que pararan toda esa «charla» sobre el poder sobrenatural y la benevolencia divina. Estas observaciones lo llevaban a concluir que si la fe no era más que una muleta psicológica, al menos debía ser muy poderosa.

Era el primer paso hacia la conversión definitiva.

¿Un científico que no tiene en cuenta los datos?

Pensamientos de ese tipo comenzaron a dominar su mente, dejándolo desconcertado. Esta confusión llegó a su punto álgido cuando entró en contacto con una anciana que padecía dolores agudos y sin perspectivas de alivio. Ella le preguntó en qué creía él. Collins se sonrojó ante la pregunta y tartamudeó, avergonzado: «Pues no lo sé».

Aquellos breves segundos de conversación lo atormentaron durante varios días. Se percató de que nunca una evidencia había sopesado seriamente a favor y en contra de una creencia: «¿Acaso no me consideraba un científico? ¿Un científico saca conclusiones sin tener en cuenta los datos?».²

De repente, todos sus argumentos para negar la existencia de Dios parecían demasiado débiles frente ante las convicciones religiosas de una señora que probablemente nunca había estudiado sus creencias en profundidad, pero que poseía lo más importante: la fe.



«¿No me consideraba un científico? ¿Un científico saca conclusiones sin tener en cuenta los datos?»

Francis Collins. En la página anterior, el Prof. Garnham en un laboratorio

A partir de entonces, Francis Collins no tuvo otro interés que analizar los diversos credos y buscar el que poseía mayor razonabilidad. Empezó a leer pequeños resúmenes sobre todo tipo de religiones, pero ninguna le parecía coherente.

En busca de la razonabilidad de la fe

Collins no encontró mejor manera de resolver esta dificultad que pedirle consejo a un pastor protestante que vivía en una casa vecina a la suya. Le expuso su situación y le preguntó si había alguna racionalidad en la creencia cristiana. Su interlocutor tomó un libro de su biblioteca privada y se lo entregó, recomendándole su lectura.

Se trataba de la obra *Mere Christianity*, de Clive Staple Lewis, profesor de Oxford, dedicada a presentar argumentos muy convincentes a favor del cristianismo. Es curioso que, a pesar de haber sido escrito por un anglicano, el libro acabó conduciendo a Francis Collins al seno de la Iglesia Católica. Definitivamente, Dios escribe recto en renglones torcidos...

Mere Christianity llamó mucho la atención de Collins por el argumento relativo a la ley moral. En efecto, Lewis afirma —en total acuerdo con la doctrina católica— que se encuentra inscrita en el alma de la totalidad de los hombres.

Esta ley se invoca de diversas maneras, todos los días, sin que aquel que lo hace se detenga a analizar las bases de su argumento. Desde un niño que declara que «no es justo» que se reparta diferentes cantidades de helado en una fiesta de cumpleaños, hasta dos médicos que discuten sobre la licitud de llevar a cabo investigaciones con células madre embrionarias, uno oponiéndose a ellas, porque viola la santidad de la vida humana y el otro defendiéndolas, pues el potencial para aliviar el sufrimiento humano constituye una justificación razonable para ello,

todos tendrán que recurrir a un patrón de conducta, aunque sea implícitamente. Este patrón es la ley moral, que también puede ser llamada «la ley del comportamiento correcto», y se trata de saber si una acción determinada se acerca o se aleja de las exigencias de dicha ley.

Alguien podría objetar que esa ética es fruto de ciertas tradiciones culturales. Lewis, no obstante, muestra cómo afirmar esto sería una «mentira rotunda. Si alguien va a una biblioteca y pasa unos días estudiando la Enciclopedia de Religión y Ética, pronto descubrirá la inmensa unanimidad de la razón práctica en el ser humano. Desde el himno babilónico a Samos, pasando por las leyes de Manu, el *Libro de los Muertos*, las Analectas de Confucio, los estoicos y los platónicos, hasta los aborígenes australianos y los pieles rojas de Estados Unidos, encontrará las mismas denuncias triunfalmente monótonas de opresión, asesinato, traición y falsedad; las mismas obligaciones de bondad hacia los ancianos, los jóvenes y los más débiles, sobre la limosna, la imparcialidad y la honestidad».³

La caridad: ¿cómo explicarla?

Sin embargo, la ley moral también tiene otra dimensión que asombró a Francis Collins: el altruismo, la generosidad que brota en el alma humana cuando se enfrenta a una situación que exige ayudar al prójimo, estando dispuesta a sacrificarse únicamente en beneficio del otro. Es el denominado ágape, que no busca retribución.

Lewis defiende, con sólidos argumentos, que el altruismo representa un gran desafío para los ateos evolucionistas, pues hasta hoy no han podido explicar cómo este impulso ha podido surgir en el ser humano por vía exclusivamente natural. No existe, en nin-



Collins se adhirió a la fe católica, pues el Dios de los cristianos era quien mejor personificaba las razones para creer en una divinidad

Sagrado Corazón de Jesús - Iglesia de Nuestra Señora del Carmen, Caieiras (Brasil)

gún ser irracional, un paralelo convincente con el ágape.

Ahora bien, si la ley natural no proviene ni de las condiciones culturales ni de la evolución, ¿cómo se explica? Lewis responde:

«Si existiera un poder controlador fuera del universo, no podría mostrárenos como uno de los hechos que forman parte del universo, del mismo modo que el arquitecto de una casa no puede ser una de las paredes o la escalera, o la chimenea de esa casa. La única manera en que podemos esperar que se mostrara es dentro de nosotros mismos, como una influencia o una orden que intentara obligarnos a comportarnos de determinado modo. Y eso es lo que encontramos dentro de nosotros mismos. Sin duda, ¿esto no debería despertar nuestras sospechas?».⁴

El ateísmo ya no tenía sentido

El entonces joven médico de 26 años quedó completamente atónito

ante la razonabilidad que la fe le ofrecía y cómo esas realidades eran obnubiladas por la vivencia del mundo contemporáneo.

La ley moral reflejaba los rayos esplendorosos del Creador y le exigía una serie de consideraciones con respecto a Dios. El agnosticismo, que antaño le había parecido un paraíso seguro, se revelaba como una innegable excusa del mal proceder.

Tras un largo proceso de conversión, en el que se fueron derribando otras objeciones, Francis Collins acabó adhiriéndose a la religión católica, pues se dio cuenta de que el Dios de los cristianos era el que mejor personificaba las razones que él había encontrado para creer en una divinidad.

Una esperanza para otros

El relato de la conversión de alguien que aún vive, y que ha dedicado su existencia al estudio del ADN humano, constituye una prueba más de que la religión no se limita a una absurda creencia a la que uno se adhiere porque nuestros padres así nos la enseñaron, sino que es un hecho razonable incluso desde un punto de vista científico.

El nombre de Francis Collins es una esperanza de conversión para los hombres cuya «fe» en los prejuicios contra la religión es la mayor barrera para creer en Dios. ✝

¹ Collins, Francis. *The Language of God. A Scientist Presents Evidence for Belief*. New York: Free Press, 2007, p. 16.

² *Idem*, p. 20.

³ Lewis, Clive Staple. *Christian Reflections*. Grand Rapids: William B. Eerdmans, 1967, pp. 95-96.

⁴ Lewis, Clive Staple. *Mere Christianity*. New York: HarperCollins, [s. d.], p. 24 [ebook].



Una insensatez en la que ni siquiera los demonios creen

En la Antigüedad clásica, sólo unos pocos filósofos —uno de ellos llamado Diágoras, nacido en Melos, y otro Teodoro, conocido como el Ateo— se declararon ateos, y los que lo hicieron nunca se granjearon la adhesión de sus coetáneos. Únicamente con la marcada decadencia moral y religiosa de la humanidad entre los siglos XVII y XVIII, el ateísmo ganó numerosos adeptos.

Efectivamente, un significativo hito histórico se produjo con la Ilustración, cuyos seguidores, algunos ateos, otros agnósticos y, en su mayoría, deístas, endiosaron la razón en detrimento de los dogmas de la fe católica. La propagación de estas ideas preparó el terreno para que, en el siglo XIX, irrumpiera el llamado socialismo científico. Sus teóricos —Marx, Engels y Feuerbach, ostensiblemente ateos— influyeron profundamente en los acontecimientos religiosos, políticos, sociales y económicos del siglo XX.

Siguieron la misma senda, en un nuevo hito histórico, los ideólogos del movimiento anarquista de la Sorbona de 1968: Herbert Marcuse, Jean Paul Sartre y Louis Althusser, por mencionar sólo algunos. En este siglo XXI, enumerar una lista de filósofos y pensadores ateos extendería innecesariamente el presente artículo...

Sin embargo, ¿dónde encontrar una solución para desentrañar el núcleo de esta problemática? ¿Cuál es la causa fundamental del error de los ideólogos ateos?

El pensamiento perenne de Santo Tomás de Aquino nos ofrece una respuesta luminosa a estas preguntas. En efecto, nosotros, los seres humanos, somos incapaces de ver a Dios directamente; por lo tanto, su existencia no nos resulta evidente. No obstante, a partir de la observación del mundo y de la vida cotidiana, y mediante razonamientos y deducciones lógicas, el Doctor Angélico demostró la existencia de Dios sin recurrir a los recursos de la fe y de la teología (cf. *Suma Teológica*, I, q. 2, a. 3). Así, valiéndose del simple intelecto humano, alcanzó una comprensión muy elevada del Creador.

Desde esta perspectiva, en la que la virtud de la fe no es condición obligatoria para creer en la existencia de Dios, sorprende una cuestión discutida por el Aquinate: ¿tienen fe los demonios (cf. II-II, q. 5, a. 2)?

Santo Tomás resuelve la cuestión citando las Escrituras: «Hasta los demonios lo creen y tiemblan» (Sant 2, 19). Consciente de que esta sentencia podría suscitar perplejidades, aclara: «Creer es acto del entendimiento movido por la voluntad a asentir» (II-II, q. 4, a. 2), y dicha fe de los demonios no corresponde a una «orientación de la voluntad hacia el bien» por la cual «el acto de creer es laudable» (II-II, q. 5, a. 2), como ocurre en los fieles de Cristo. Por el contrario, en los demonios se trata de una fe «en cierta manera coaccionada» (II-II, q. 5, a. 2, ad 1), porque reconocen la existencia de Dios a causa de la evidencia de los signos que perciben.

Es más: esta percepción, aguzada por la perspicacia de su intelecto natural, no da pie a los demonios para negar los signos mencionados, hecho que les desagrada profundamente (cf. II-II, q. 5, a. 2, ad 2-3). En consecuencia, los ángeles caídos nunca fueron ni jamás serán ateos. Su altísima inteligencia no les permite caer en tal distorsión mental, en tal engaño, en tal idiotez. He aquí el error en el que incurren los ateos.

Con razón, afirman las Escrituras: «la falta de juicio mata a los necios» (Prov 10, 21) y «el sensato camina con rectitud» (Prov 15, 21). ✚

La existencia de Dios es evidente incluso para los demonios, ángeles caídos, pero de altísima inteligencia. No obstante, en el error de negarla incurren numerosos ateos...

A la izquierda, Marx, Engels y Sartre; a la derecha, detalle del fresco de Andrea di Bonaiuto - Basílica de Santa María Novella, Florencia



Gustavo Kralj

Un amigo de la cruz

Un santo poco corriente, tanto para nuestra época como para la suya, este dominico alemán soportó terribles dolores físicos y morales, aliviados únicamente por especiales gracias del Cielo.

✠ Hna. Adriana María Sánchez García



Con divina pedagogía, el Señor suele suscitar ejemplos de virtud que casi podríamos calificar de extremos, con el fin de moderar en los hombres, mediante la existencia de un modelo *éclatant*, las pasiones desordenadas que se le oponen y animarlos a emprender un camino que de otro modo nunca habrían abrazado. Es lo que ocurrió, por ejemplo, con el *Poverello* de Asís, cuyo radical desposorio con la Dama Pobreza inspiró a innumerables almas a lo largo de los siglos a usar con moderación los bienes de este mundo y a desear los del Cielo.

Bajo esta perspectiva, invito al lector a considerar también la vida del Beato Enrique Suso. Mientras muchos emplean todos sus esfuerzos para huir del dolor, este dominico alemán parecía correr tras él, siempre sediento de sufrir más por amor a Nuestro Señor Jesucristo. Además, ciertas desgracias que no le ocurrirían al común de los hombres parecían perseguirlo, haciendo de su existencia una sucesión de aparentes contradicciones, serenamente aceptadas.

El recuerdo de su vida podrá causar asombro e incluso extrañeza en nuestros días, tan reacios a cualquier sufrimiento, pero no dejará de ser una sana invitación a afrontar con alegría y

valentía las dificultades del día a día, como fieles discípulos del divino Crucificado.

En los albores de la vida, la elección de la penitencia

Nacido alrededor de 1295 a orillas del lago de Constanza, en la frontera entre Alemania y Suiza, Enrique Suso se mostraría como una persona poco corriente en el seno de su propia familia. Hijo del conde von Berg, adoptó el apellido materno: Seuss.¹

De su infancia se conoce poco o casi nada. Lo que sí se sabe es que su padre deseaba que fuera soldado, pero, al constatar que su propensión no era por las armas de este mundo, lo envió al monasterio dominico de Constanza, con tan sólo 13 años. Allí, el joven disfrutó de una vida despreocupada hasta los 18, edad a partir de la cual una gracia lo impulsaría a tomar otro rumbo.

Un día, estando sentado en la capilla del monasterio, se dio cuenta de lo frívola que había sido su conducta hasta entonces, poca inclinada a la observancia religiosa, y decidió emprender el camino de la penitencia en reparación de sus faltas.

Esta resolución le acompañaría a lo largo de toda su vida, en las diversas

actividades que llevó a cabo: estudiante en Colonia y discípulo del Maestro Eckhart; profesor, prior y prolífico escritor de obras espirituales; predicador y director de almas.

Voluntarias mortificaciones corporales

Numerosos fueron los medios empleados por los santos a través de los siglos para mortificarse, ya sea en reparación de sus propios pecados o los ajenos, sea por puro amor a Nuestro Señor Jesucristo. En su caso, Enrique Suso comprendió que sólo alcanza el Cielo quien besa, abraza y carga su cruz con amor, y quiso hacerlo al pie de la letra.

Se fabricó una cruz de madera, con treinta clavos y siete agujas, y se la ató a la espalda, llevándola día y noche, de modo que los clavos le perforaban la carne sin dejarle nunca libre del dolor.

Apenas bebía agua, regulando con un vasito que él mismo había hecho la cantidad exacta que se permitía ingerir durante el día. A veces sentía tanta sed que, durante la aspersión de agua bendita, abría los labios deseando que una sola gota refrescara su lengua seca, pero ni siquiera eso le fue concedido. Todo lo ofrecía para aliviar al Señor en lo alto de la cruz, quien ha-

bía tenido como refrigerio únicamente vinagre y hiel.

Esa penitencia voluntaria le provocaba lágrimas, porque sentía que no conseguiría mantener el sacrificio que Dios le había inspirado. Para consolarlo, es decir, para darle fuerzas para soportar el dolor, la Santísima Virgen se le apareció con el Niño Jesús, que sostenía un pequeño cáliz lleno de agua fresca. Entonces, se lo dio a beber a Enrique y su sed quedó saciada.

Su cama era una vieja puerta sobre la que había colocado una alfombra hecha de junco que sólo le llegaba hasta las rodillas, y no se cubría con nada. Llevaba una camisa áspera debajo de la ropa y se infligía otras tantas mortificaciones por la noche, muy numerosas para enumerarlas aquí. Cualquier movimiento durante las horas de sueño era una tremenda molestia, pues también se ataba las manos para ni siquiera poder ahuyentar mosquitos.

Su mayor sufrimiento, sin embargo, sería no encontrar a nadie que compartiera su mismo ideal, lo que le llevaba a buscar cada vez más su refugio en lo sobrenatural.

Fortalecido por intensas gracias místicas

No obstante, la Providencia no tardó en hacer sentir al ardoroso religioso toda su predilección, enviándole abundantes gracias místicas. La primera que él cuenta consistió en un éxtasis en el que experimentó las delicias del amor de Dios, tras el cual parecía otro hombre.

En otra ocasión vio a su ángel de la guarda, lo abrazó y le rogó que nunca lo abandonara. El celestial protector le respondió que Dios se había unido de tal manera a él que jamás lo dejaría. Las almas del Purgatorio, incluido su propio padre, así como los santos del Cielo, entre ellos su madre, se le aparecían a menudo, describiéndole, ora los tormentos de las llamas purificadoras, ora las alegrías de la eternidad. También tuvo varias revelaciones sobre el

futuro, que lamentablemente no quedaron registradas.

Una vez, en un arrebato de amor, Enrique escribió en su pecho, con un estilete, el dulce nombre de Jesús, que permaneció grabado allí indeleblemente. Al cabo de un tiempo, una pequeña cruz dorada, como incrustada con piedras preciosas, apareció sobre su corazón. De ella también emanaba el Santísimo Nombre del Salvador, en medio de una intensísima luz.

El auge de tales gracias, sin embargo, se produjo con motivo de su despo-



Beato Enrique Suso - Iglesia de San Pablo, Valladolid (España)

Su mayor sufrimiento sería no encontrar a nadie que compartiera su mismo ideal, lo que le llevaba a buscar cada vez más su refugio en lo sobrenatural

sorio con la Sabiduría eterna, presentada en las Escrituras como una hermosa doncella. Al escuchar la lectura de los Libros Sapienciales, Enrique se sintió arrebatado de amor y comprendió que debía entregarse por completo a la Sabiduría, como siervo suyo. Habiendo suplicado la suerte de verla, Ella se le apareció entre nubes, brillante como la estrella de la mañana y radiante como la aurora, y le dijo con dulzura: «Hijo mío, confía en mí» (cf. Prov 23, 26).

Casi al final de su vida, Enrique tuvo una visión en la que, rodeado de ángeles, le preguntó a uno de ellos cómo se daba la inhabitación de Dios en su alma. El espíritu celestial le dijo que se mirara a sí mismo, y el Beato vio su corazón como a través de un límpido cristal; en él se encontraba la Sabiduría eterna, junto a su propia alma, envuelta en los brazos de Dios.

Armado caballero para afrontar los sufrimientos interiores

Tras dieciséis años de terribles penitencias corporales, otro ángel se le apareció en forma de joven, anunciándole que una etapa de su vida había terminado.

Tiempo después, el mismo espíritu celestial regresó, trayendo consigo una armadura de caballero. Le dijo que únicamente en ese momento Enrique comenzaría su combate espiritual; todo lo que había sufrido no era nada en comparación con lo que vendría. Había luchado tan sólo como un soldado raso, pero Dios quería armarlo caballero. Asombrado, le preguntó cuántos padecimientos le esperaban, y el ángel le respondió: «Si puedes contar esas innumerables estrellas, también podrás llegar al número de tribulaciones que te están reservadas».

Entonces le rogó que le hiciera saber en qué consistirían tales sufrimientos, y solamente le fueron revelados tres: perdería su buena fama y reputación, lo que le dolería mucho más que las penitencias corporales que se infligía; no encontraría amis-

tad ni fidelidad por parte de quien siempre las había tenido, y los que le fueran leales sufrirían junto con él; ya no sería consolado ni por Dios ni por los hombres, y cualquier intento de obtener algún placer para sí mismo resultaría frustrado.

Sintiendo que no tendría fuerzas, Enrique se postró en tierra, angustiado, pero suplicando que se cumpliera en él la divina voluntad. Mediante una voz interior, el Señor le aseguró que siempre estaría a su lado, auxiliándolo a superar todas las tribulaciones. A la mañana siguiente, al mirar por la ventana, vio a un perro destrozando un trozo de tela, y Dios le hizo comprender que así debía estar él en las manos de los demás, sufriendolo todo en silencio, sin quejarse nunca. El religioso recogió la tela y la guardó consigo, como recuerdo de aquel hecho.

En la fiesta de Nuestra Señora de la Candelaria, el Niño Jesús se le apareció diciéndole que quería enseñarle la actitud que debía mantener durante sus padecimientos, una lección que, sin duda, puede ser útil para cualquier cristiano: no pensar en cuándo acabaría el sufrimiento, sino estar listo para aceptar con alegría el próximo que seguramente vendría.

Un torbellino de persecuciones y calumnias

En sus viajes por Europa, le sobrevinieron innumerables desgracias, cumpliendo al pie de la letra lo que le había sido revelado por el ángel. A Enrique Suso parecía sucederle todo lo que no le ocurre a nadie, incluso las cosas más absurdas e inimaginables...

Al llegar a una iglesia de una ciudad, se arrodilló ante un piadoso crucifijo, rezó y luego se retiró. Esa misma noche hubo un robo en ese templo: todas las velas y figuras de cera ofrecidas por los fieles con sus peticiones fueron sus-

traídas. Ahora bien, una niña de 7 años lo había visto rezando allí y lo acusó de habérselas llevado él, por lo que Enrique tuvo que huir apresuradamente, so pena de que lo mataran.

Durante una estancia en los Países Bajos, motivada por la convocatoria para participar en un capítulo de los dominicos, dos miembros de su propia orden fueron a su encuentro acusándolo de haber escrito libros que contenían doctrinas heréticas, que habían contaminado todo el país. Así que lo

condujeron ante el tribunal, donde fue duramente reprendido y amenazado con ser castigado severamente si no enmendaba sus errores. De regreso a su monasterio, le acometió una terrible enfermedad, que lo postró en cama con fiebre, casi llevándole a la muerte.

De tal manera la persecución era una constante en su vida que, tras cuatro semanas sin ser atacado, se sorprendió ante tal hecho. Comentó que estaba tan convencido de que Dios visita a sus amigos con la prueba que, al verse libre de dificultades, temía que el Señor se hubiera olvidado de él. Apenas había terminado de hablar cuando se presentó un hermano dominico advirtiéndole de que el señor de un castillo cercano lo buscaba por todos los monasterios para matarlo, bajo la acusación de haberle robado a su hija, la cual había decidido abrazar la vida religiosa. Otro hombre lo acusaba de haber desviado a su esposa, pues ésta se había vuelto más recatada, y Enrique tenía que pagar por ello. Alegrándose al constatar que Dios no se había olvidado de él, huyó inmediatamente.

En cierta aldea, había una mujer malvada que aparentaba arrepentimiento de sus faltas y se confesaba con Enrique. Sin embargo, al ver que no se enmendaba y seguía llevando una vida de pecado, decidió no volver a verla. La mujer, furiosa, queriendo dañar a quien sólo le había hecho bien, lo acusó de ser el padre del hijo que había tenido fuera del matrimonio. La escandalosa mentira se extendió más que su fama de santidad, llegando hasta el superior de la Orden de Predicadores de la provincia alemana. Muchos, incluso sus más cercanos, dieron crédito a la calumnia y lo maltrataron. Tras un largo período de sufrimiento y terribles angustias temiendo lo peor, se reconoció su inocencia y la mujer que había conspirado contra él murió repentinamente.



Beato Enrique Suso - Xilografía de la Biblioteca Nacional y Universitaria de Estrasburgo (Francia)

*Incomparablemente
más duros que las
penitencias corporales
que se infligía serían
los sufrimientos
morales que le
estaban reservados*

*Muchas veces
Enrique se sintió
débil e incapaz, pero
con Nuestro Señor
Jesucristo aprendió
que la fuerza le
vendría de lo alto*

Salvado de la muerte por su virtud

Sin embargo, ésa no fue la última vez que escapó de la muerte. Durante un viaje, su compañero, joven y de paso ligero, se adelantó en el camino y lo dejó solo. Antes de adentrarse en un bosque que debía cruzar, Enrique se topó de repente con una joven acompañada por un hombre alto y de aspecto aterrador, que llevaba una lanza y un cuchillo. Ante tal escena, el religioso se santiguó y, temblando, se arriesgó a seguir adelante, con la mencionada pareja detrás de él.

En determinado momento, en medio del denso bosque, la joven se le acercó y le pidió que la confesara. Él accedió y la joven le contó entonces su triste suerte: el hombre que la acompañaba era un asesino, que robaba y mataba a todo el que encontraba, y ella se había visto obligada a convertirse en su esposa. Aún más aterrorizado al ver confirmados sus temores, el beato le dio la absolución y los tres continuaron su tenebroso trayecto.

A cierta altura, el propio asesino se acercó a Enrique pidiéndole también confesarse. Su corazón latía más fuerte y, sintiéndose perdido, pero sin poder negarle el sacramento, empezó a escucharlo. El relato era espantoso. El malhechor le contó los numerosos crímenes que había cometido y, con lujo de detalles, describió uno en concreto: «Una vez vine a este bosque para robar y matar, como he hecho hoy, y, al en-



A la izquierda, Enrique Suso en diálogo con Cristo en la cruz; a la derecha, el Beato atormentado por diversos sufrimientos - Manuscrito de la Biblioteca Nacional y Universitaria de Estrasburgo (Francia)

Fotos: Reproducción

contrarme con un venerable sacerdote, me confesé con él mientras caminábamos por este mismo lugar. Cuando terminó la confesión, saqué este cuchillo y se lo clavé, y luego arrojé su cuerpo al Rin». Aterrorizado, al darse cuenta de que le esperaba la misma suerte, el religioso sintió que se desmayaba.

Al verlo palidecer y a punto de desmayarse, la muchacha corrió hacia él y exclamó: «¡No tema, no le matará!». El asesino añadió entonces: «He oído muchas cosas buenas sobre usted, y hoy tendrá su recompensa, pues le dejaré vivir. Ruegue a Dios que, por su causa, me ayude y me favorezca a mí, pobre criminal, en mi última hora».

El ejemplo de un amigo de la cruz

Los hechos a narrar serían innumerables, pero toda la vida de Enrique Suso podría resumirse en pocas palabras: amigo de la cruz. Si no estaba siendo perseguido, era atribulado por enfermedades; y cuando se sentía en perfecto estado de salud, alguna otra desgracia le sobrevinía, y no se veía nunca libre del dolor. Muchas veces se sintió débil e incapaz, pero con Nuestro Señor Jesucristo aprendió que las fuerzas le vendrían de lo alto.

A pesar de tantos padecimientos y peripecias que casi lo llevaron a la muerte, Enrique alcanzó una edad venerable y falleció el 25 de enero de 1366 en la ciudad de Ulm, donde había pasado los últimos dieciocho años de su vida. Transcurridos más de dos siglos, su cuerpo permanecía incorrupto y exhalaba un dulce perfume. No obstante, años después, las reliquias desaparecieron por completo.

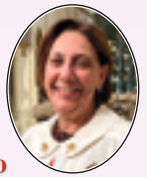
Pidámosle, pues, al Beato Enrique Suso que haga de nosotros otros amantes de la cruz. No necesitamos para ello fabricarnos un madero y atárnoslo a los hombros, sino solamente llevar con serenidad —y con alegría!— las cruces que Dios nos envía cada día, confiando en que, si lo hacemos, un día tendremos nuestra recompensa en el Cielo. ✚

¹ Los datos biográficos del presente artículo han sido tomados de las obras: BEATO ENRIQUE SUSO. *The Life of Blessed Henry Suso by Himself*. London: Methuen and Company, 1913; DORCY, OP, Mary Jean. *St. Dominic's Family. Lives of over 300 Famous Dominicans*. Rockford: TAN, 1983.



Madre y protectora siempre solícita

El amparo durante una grave enfermedad, la ayuda a dos pescadores en apuros y la solución a intrincados problemas familiares demuestran cómo Dña. Lucilia siempre atiende a quienes recurren a ella, tanto en las grandes dificultades como en las pequeñas.



✠ Elizabete Fátima Talarico Astorino

Narra la Sagrada Escritura que, perseguido por la impía Jezabel, Elías huyó a la cima del Horeb, la montaña de Dios, donde pasó la noche en una cueva. Allí le fue dirigida la palabra divina: «“Sal y permanece de pie en el monte ante el Señor”. Entonces pasó el Señor» (1 Re 19, 11). El Todopoderoso se manifestó en el «susurro de una brisa suave» (1 Re 19, 12) y no en el fragor de un viento impetuoso, ni de un terremoto o de un fuego devorador.

¿No es verdad que necesitamos tener delicadeza de alma para percibir la voz de Dios que nos habla o la ayuda que Él nos envía desde lo alto a través

de oportunas intervenciones, sutiles auxilios, pequeños consuelos?

En este propósito, ofrecemos a nuestros lectores tres relatos en los que la eficaz acción celestial se manifiesta suavemente, por la intervención de Dña. Lucilia. Que estos ejemplos contribuyan a crecer en la confianza en Dios, que no abandona a quienes recurren a la intercesión de esta bondadosa madre.

Una petición atendida con prontitud

Thainara Adão, de Joinville (Brasil), nos envía un conmovedor relato sobre la protección que recibió de Dña. Lucilia, que la amparó en una etapa de su vida marcada por grandes sufrimientos y aprensiones.

En 2022, deseando ser madre y muy entristecida tras unos meses de fracasos, Thainara le pidió a la Virgen esa gracia, por medicación de Dña. Lucilia: «Me acordé de la historia de Dña. Lucilia, de cómo fue un ejemplo de madre, de virtud y de amor a Dios. Entonces, con una fotografía suya en mis manos, le pedí que pudiera ser, aunque fuera un poco, la madre excepcional que ella fue, que intercediera por mí y me obtuviera la gracia de tener un bebé. Después de esta oración me sentí en paz, como si toda la angustia hubiera pasado».

Tan sólo un mes después, la oración de Thainara fue atendida: «Allí, en mi vientre, estaba mi bebé, la respuesta a mis oraciones y, sobre todo, una muestra del amor puro y genuino que Dña. Lucilia tiene por mí. Tuve un embarazo de riesgo, mi bebé nació con poco peso, con dificultad para respirar



Thainara con su hija en el hospital

«Tenía la certeza de que no iba a sobrevivir. Me estaba despidiendo, sin estar realmente preparada para no ver crecer a mi hija»

y el corazón acelerado, pero en todo momento veía una luz que nos iluminaba, sabía que mi hija era una promesa y que todo iría bien». De hecho, su pequeña, María Clara, superó con éxito estas tribulaciones iniciales, creciendo sana y fuerte.

Sin embargo, la maternal solicitud de Dña. Lucilia se manifestaría en otro sentido y en otra prueba, con otros objetivos.

«Es mi protectora»

En noviembre de 2023, en vísperas de su reincorporación al trabajo tras la baja por maternidad, Thainara se puso enferma: «A las dos y media de la madrugada me desperté con un fuerte dolor de cabeza, como nunca lo había sentido, lo que me causaba mucha confusión mental. Me levanté a coger una medicina y ya no sentía mi cuerpo. Me dolía la columna, había perdido todo movimiento. Tenía vómitos constantes, se me nubló la vista y sentía como si algo me recorriera la espalda».

La llevaron de urgencia al hospital y los médicos constataron que había sufrido una hemorragia cerebral causada por un tumor neurológico. Sin comprender del todo la gravedad de su situación, se enteró de que sería trasladada a la UCI, donde pasó unos días semiconsciente, a la espera de un diagnóstico completo.

De ese período sólo recuerda el momento en que recibió de un sacerdote heraldo el consuelo de los sacramentos: «Tenía la certeza de que no iba a sobrevivir. Hablamos un rato. En verdad, me estaba despidiendo, sin estar realmente preparada para no ver crecer a mi hija. También me acuerdo que le pregunté al sacerdote por qué me estaba pasando esto».

En medio de la prueba física y espiritual que atravesaba, sin fuerzas para afrontar la inminencia de la muerte y resistiéndose a aceptar lo que parecía ser la voluntad de Dios, Thainara recibió, en un pequeño episodio, un rayo de esperanza: «Al cabo de unas

horas, una enfermera que recogía los análisis me preguntó quién era la mujer de la fotografía que estaba cerca del equipo hospitalario. No alcanzaba a verla. Me la enseñó y, sin saber cómo había ido a parar allí esa foto, le respondí: “Esta es Dña. Lucilia, es mi protectora”. Aun sin conocer muy bien su historia, confié entonces en que tendría una oportunidad y que no era mi momento de irme».

Experiencia dura, pero benéfica

Los días en la UCI iban pasando, los dolores de cabeza y en su cuerpo aumentaban. Thainara necesitaba ayuda para todo, incluso con los movimientos más sencillos. Ante tantas dificultades, empezó a perder de nuevo la confianza. No obstante, un sueño peculiar le levantó el ánimo. Se veía en el hospital, pero al mismo tiempo volando en un cielo lila, con una sensación de mucho bienestar, mientras oía a alguien decirle: «Todavía no es tu hora».

Al día siguiente le comunicaron el horario en el que sería hecha la operación para extirparle el tumor. Continúa su relato: «Estaba ansiosa, pero feliz y confiada. En ningún momento se me pasó por la cabeza nada negativo; tenía la certeza de que alguien había intercedido por mí». Antes de entrar en el quirófano, Thainara se puso en manos de Dios, rezando: «Señor, tú conoces mi corazón y mi voluntad de vivir, pero hágase tu voluntad. Doña Lucilia, te entrego mi corazón y mi vida». La intervención fue un éxito y, a pesar de pronosticarle una recuperación difícil y larga, los médicos le aseguraron que se recuperaría totalmente.



Thainara ante un cuadro de Dña. Lucilia

Reproducción

*Antes de entrar
en el quirófano,
Thainara se puso
en manos de Dios:
«Tenía la certeza de
que alguien había
intercedido por mí»*

La noche en que recibiría el alta hospitalaria, tuvo otro sueño: «Sobre mis hombros llevaba el chal lila de Dña. Lucilia, ese color que me daba tanta calma y esperanza. Me decía a mí misma: “Todo va a ir bien, aún no es tu hora”. Me desperté llorando, pero con el corazón en paz, porque tenía la convicción de que Dña. Lucilia había estado conmigo todo el tiempo, me había cuidado, me había protegido bajo su chal lila y me había salvado. Hasta el día de hoy, sueño con su chal lila y la

plena certeza de que soy su hija y que ella es mi madre, mi intercesora».

La experiencia tuvo sus lados duros e incluso dramáticos, pero le dejó, además de la profunda convicción de ser amada por Dña. Lucilia, valiosas lecciones para su vida espiritual: «Muchas cosas me enseñaron a cambiar mi pensamiento y mi día a día. Todo lo que me pasó no fue sólo una enfermedad, sino mi renacimiento; estoy agradecida por mi vida hoy y por la intercesión de Dña. Lucilia. La alabo y le doy gracias todos los días».

Salvados de un apuro «en un abrir y cerrar de ojos»

Desde Miracema (Brasil) nos escribe Lenilton Rabelo Rosa, gran devoto de Dña. Lucilia, a quien siempre recurrir en los momentos de dificultad:

«Un día de 2022, salí a pescar, con la intención de ir cerca, pues el coche tenía poca gasolina y no me quedaba más que treinta reales en el bolsillo. Llamé a mi hermano y fuimos a la ciudad de Itaocara. Llegamos allí, pero el agua estaba demasiado turbia para pescar. Decidimos ir más lejos. El depósito de gasolina estaba en reserva y gastamos los treinta reales en repostar. Condujimos otros noventa y cinco kilómetros por un camino de tierra y llegamos a São Sebastião do Paraíba, pero ahí el agua también estaba turbia. No pensábamos en el combustible y subimos otros treinta o cuarenta kilómetros hasta Fernando Lobo, un pueblo ribereño donde encontramos buena agua para pescar».

Lenilton y su hermano bajaron con su vehículo por un sinuoso camino, cubierto de hierba. Pescaron tranquilamente hasta que, alrededor de las nueve de la noche, una fuerte lluvia los obligó a parar. Entonces pusieron los peces en el coche y... empezaron los problemas, ya que tenían que subir una rampa con hierba mojada, barro y muchos baches.

Narra él: «Aceleré a una cierta distancia para coger impulso y ascender,

pero el coche derrapaba y se calaba. Lo intenté unas cinco o seis veces, sin éxito. Miré el indicador de combustible y vi que la aguja estaba justo por encima de la reserva. Me acordé de Dña. Lucilia y grité con fuerza: “¡Doña Lucilia, ayúdanos!”. Aceleré de nuevo y el coche subió de golpe, como si tuviera tracción en las cuatro ruedas. Me volví hacia mi hermano y le dije: “¿Has visto eso? ¡Doña Lucilia nos ha sacado de ésta en un abrir y cerrar de ojos!”».

«¿Y ese dinero?»

No obstante, aún les quedaban ciento ochenta kilómetros de carretera embarrada hasta la ciudad de Itaocara, y no tenían suficiente combustible. Pidieron una vez más la ayuda de Dña. Lucilia y se pusieron en marcha.

La narración prosigue: «Seguimos charlando sobre los acontecimientos del día y, sin darnos cuenta, ya estábamos en Itaocara». Mayor fue su sorpresa cuando vieron que el indicador de gasolina ni siquiera se había movido.

Sin embargo, no había suficiente combustible para el resto del viaje, así que decidieron vender algunos peces en la plaza de la ciudad para poder repostar el automóvil.

Continúa Lenilton: «Me puse en la cabeza la caja de poliestireno con los peces y le pedí a mi hermano que cogiera la llave del coche de mi bolsillo; cuando metió la mano en mi bolsillo, sacó un billete de veinte reales junto con la llave. Le pregunté: “¿Y ese dinero?”. No lo llevábamos antes; y, como estábamos muy mojados, el billete se encontraba casi deshecho».

Sin entender cómo aquel billete había acabado en su bolsillo, Lenilton lo dejó en el salpicadero del coche para que se secase y partió con su hermano hacia San Antonio de Padua, donde Dña. Lucilia les había preparado otra sorpresa: al meter la mano en su bolsillo, notó que allí había otro billete de veinte reales, doblado y completamente seco.

Así concluye su relato: «Me di cuenta de que era para demostrar que fue Dña. Lucilia quien me había obtenido estas gracias. Me sacó del barro, hizo que la gasolina durara hasta Padua y me dio cuarenta reales... Tres gracias en un solo día».

Un consejo que salvó su matrimonio

Sí, un consejo que cambió el rumbo de su vida, e incluso el destino de su familia, fue el que recibió R. B., de Minas Gerais (Brasil), en medio de una dramática situación familiar por la que estaba pasando. La luz que iluminó su camino y el faro que condujo a su familia hasta el «final del túnel» fue su devoción a Dña. Lucilia. He aquí como ella narra el medio utilizado por la Providencia para que conociera a tan bondadosa madre:

«Era el 19 de marzo de 2024 y ya no sabía qué hacer para que mi marido dejara de beber. Bebía todos los días, de lunes a lunes. De la cerveza pasó al *whisky* y a las bebidas combinadas. Para evitar peleas y reproches, empecé a beber a escondidas, ocultando el vaso de bebida cuando yo llegaba a casa, e incluso guardó una botella de *whisky* en el armario... Era un auténtico tormento en casa.

»Aquel día, volví a casa del trabajo y lo encontré otra vez muy borracho, sin fuerzas para discutir... Salí con mi hijo mayor a buscar un sacerdote para que me aconsejara. Yo ya estaba consagrada a la Virgen, pero estaba dispuesta a divorciarme, porque ya no aguantaba vivir así».

No obstante, la divina Providencia condujo a R. B. por un camino muy distinto. Como la iglesia a la que había ido estaba cerrada, se acordó de la casa de los Heraldos del Evangelio de su ciudad y hacia allí se fue con la esperanza de obtener ayuda espiritual. Su confianza no fue defraudada, pues en ese sitio recibió un consejo de un sacerdote heraldo que cambiaría su vida:

«Durante nuestra conversación, el sacerdote me dijo que necesitaba de la intervención divina, porque hay cosas que los seres humanos no podemos resolver solos. Separarme no resolvería el problema, pues mi esposo seguiría bebiendo y hundiéndose cada vez más. Yo tenía que luchar por él y por nuestra familia. En ese momento, me dio una estampa de Dña. Lucilia, me contó brevemente su historia y me aconsejó que le hiciera una promesa: rezar mil avemarías pidiendo para que ella interviniera.

»Regresé a casa decidida a entrar en esta batalla con las armas adecuadas. Empecé a rezar todos los días, con fe y confianza, pidiendo la intercesión de la Virgen y de Dña. Lucilia por mi marido, por nuestra familia. Y entonces ocurrió lo que parecía imposible: el 22 de marzo, tan sólo tres días después de que empezara esas oraciones, ¡fue el último que mi esposo bebió!».

La intercesión de Dña. Lucilia ante el trono de María Santísima había sido escuchada con prontitud: «Para honra y gloria de Nuestro Señor Jesucristo, y por la poderosa intercesión de la Virgen y de Dña. Lucilia, ¡mi marido no ha vuelto a llevarse nunca más ni una gota de alcohol a sus labios! Desde entonces se ha mantenido sobrio y se ha convertido en devoto de Nuestra Señora. Ya usa el santo escapulario y se está preparando para la confirmación y para consagrarse a Ella».

Tras una larga espera, íse vendió una casa!

Los problemas familiares por herencias han sido muy frecuentes desde los albores de la humanidad. Incluso las



João S. Clá Dias

Doña Lucilia en marzo de 1968, aproximadamente un mes antes de su muerte

«Regresé a casa decidida a entrar en esta batalla, con fe y confianza, pidiendo la intercesión de la Virgen y de Dña. Lucilia»

páginas del Evangelio (cf. Lc 12, 13) cuentan un episodio en el que se le pide a Nuestro Señor Jesucristo que inter venga en una disputa de este tipo entre dos hermanos... Lejos de favorecer la avaricia de alguna de las partes, el divino Maestro recomendó a los hombres de todos los tiempos que abandonaran

con confianza sus necesidades al Padre, quien nos proveerá en todo.

Sin embargo, hay ocasiones en que la intervención celestial se nos concede a través de un intercesor, que pide un remedio para nuestras aflicciones en nuestro nombre. Así, tras comprobar la eficacia de la intercesión de Dña. Lucilia para salvar su matrimonio, R. B. decidió poner en sus manos otro espinoso asunto: la venta de un problemático inmueble heredado por su esposo y sus hermanos.

La casa en cuestión era una fuente de grandes disgustos para su marido, pues sus hermanos que vivían allí con su madre, tanto antes como después de su muerte, no habían pagado correctamente sus impuestos a lo largo de los años... Al ser el hermano mayor, la propiedad estaba a su nombre, y esta situación irregular hizo

que quedara en mala situación ante el gobierno.

«Mi suegra había fallecido hacía más de siete años y esa casa no se vendía. Tenía impuestos atrasados, carecía de licencia de ocupación y los hermanos no se ponían de acuerdo sobre su valor», relata R. B.

No obstante, tras pedir la intercesión de Dña. Lucilia para salir de aquella dificultad, y superando toda previsión humana, la casa fue finalmente vendida en diciembre de 2024.

En agradecimiento por toda la protección y el amparo recibidos de Dña. Lucilia, de una manera conmovedora, R. B. escribe: «Este testimonio es una forma de agradecer y glorificar la acción de Dios en nuestras vidas. La gracia ha ocurrido y nuestra familia ha sido restaurada. ¡Alabado sea Dios por todo esto!».

En las manos de María para siempre

Nuevas promociones del curso de la Plataforma de Formación Católica Reconquista se consagraron, en noviembre, como esclavos de amor de la Santísima Virgen, según el método de San Luis María Grignion de Montfort. Destacamos las ceremonias celebradas en la parroquia de María Auxiliadora de Ciudad de México y en la parroquia de María Reina de Puebla (México); en la parroquia de Santa Elena de Antiguo Cuscatlán (El Salva-

dor); en la catedral de Juigalpa (Nicaragua); en la Iglesia de Nuestra Señora de Fátima de Tocancipá (Colombia); en la parroquia de San Roque de Santa Cruz de la Sierra (Bolivia); en la parroquia de Santo Domingo de Guzmán de Santiago de Chile; en la iglesia de Nuestra Señora del Buen Consejo de Ypacaraí (Paraguay); en la parroquia de Nuestra Señora del Carmen de Montevideo; y en las casas de los Heraldos de Buenos Aires y de Lima.



Ciudad de México



Chile



Colombia



Colombia



Argentina



Perú



El Salvador



Paraguay



Nicaragua



Puebla (México)



Uruguay



Bolivia



Archivo Revista



Emerson Júnior

Eduardo de Barros



Thaliza Mendes

Sacramentos de iniciación cristiana – Cientos de fieles preparados por los Heraldos del Evangelio recibieron en noviembre los sacramentos de iniciación cristiana. En las fotos, en Perú, bautismo en la parroquia de la Divina Misericordia de Santiago de Surco (foto 2); y en Brasil, primera comunión en la catedral de Cuiabá (foto 1) y en la basílica de Nuestra Señora del Rosario de Fátima de Cotia (foto 3), ceremonias de confirmación en la iglesia de San Salvador de Lauro de Freitas, presidida por Mons. Marco Eugenio Galvão Leite de Almeida, obispo auxiliar de Salvador de Bahía (foto 4), en la parroquia de Nuestra Señora de la Divina Providencia de Belo Horizonte, presidida por Mons. Edmar José da Silva, obispo auxiliar (foto 5), y en la parroquia de Jesús Buen Pastor de Ciudad Estructural, presidida por Mons. Raymundo Damasceno Assis, arzobispo emérito de Aparecida (foto 6).

Fotos: Daniele Florindo



Francisco Monzato

Brasil, Juiz de Fora – El órgano de tubos de la Iglesia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro fue inaugurado el 6 de noviembre durante una solemne eucaristía, seguida de un concierto (fotos 1 y 2). Posteriormente, el día 25, el 27.º Batallón de la Policía Militar celebró su trigésimo aniversario con una santa misa en la misma iglesia (foto 3). Ambas ceremonias fueron presididas por Mons. Gil Antonio Moreira, arzobispo metropolitano.



Giovanna Mondello



Martina Sommavigo

Italia – En noviembre, la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María visitó la basílica de San Antonio, de Messina, llevando esperanza y consuelo incluso a los hogares de los fieles (foto 1), así como la iglesia de Santa María del Espíritu Santo de la misma ciudad (foto 2). Con ocasión del día de los fieles difuntos, miembros de los Heraldos asistieron en el servicio litúrgico de la santa misa presidida por el Patriarca de Venecia, Mons. Francesco Moraglia, en la iglesia de San Michele in Isola (foto 3).

Fotos: Xavier Jacob



Paraguay – El 14 de noviembre, la Policía Municipal de Tránsito de Asunción conmemoró su sexagésimo aniversario con una misa, celebrada por el P. Ismael Fuentealba, EP (foto 1). El 22 de noviembre, los Heraldos participaron en la eucaristía en honor al patrono de la parroquia de Cristo Rey de Ciudad del Este, seguida de un concierto musical (foto 3), y al día siguiente realizaron su peregrinación anual al santuario de Nuestra Señora de los Milagros de Caacupé (foto 2).

Fotos: Thiago Carlos



Brasil, Campo Grande – El 25 de octubre se celebró una bendecida «Tarde con María» en la casa de los Heraldos. Las actividades incluyeron una charla a cargo del P. Ricardo José Basso, EP, seguida de la solemne coronación de la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María y de la celebración de la santa misa.



Fotos: João Guimarães

Brasil, Franco da Rocha – En el marco de las celebraciones por el 81.º aniversario de Franco da Rocha, Mons. Sergio Aparecido Colombo, obispo de Bragança Paulista, celebró una solemne eucaristía en el Parque Benedito Bueno de Moraes, animada por el coro de los seminaristas de la Sociedad Clerical de Vida Apostólica Virgo Flos Carmeli. En esta ocasión, la alcaldesa de la ciudad, Lorena Oliveira, coronó la imagen de la Virgen.



Emerson Júnior



Laércio Peixoto



João Carolino



Kessiano Trindade



Bruno Stevan

Holywins – La solemnidad de Todos los Santos se adornó con una nota especial de inocencia con la participación de niños que se disfrazaron de sus santos favoritos. Destacamos las conmemoraciones realizadas en Brasil en la basílica de Nuestra Señora del Rosario de Fátima de Cotia (foto 1), en la Iglesia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro de Juiz de Fora (foto 5), en la capilla de Santa Teresinha de Belo Horizonte (foto 3) y en las casas de los Heraldos de Fortaleza (foto 2) y de Campos dos Goytacazes (foto 4).

Concepción inmaculada versus Inmaculada Concepción

Este título no es un juego de palabras —porque, si lo fuera, sería de mal gusto—, sino una síntesis de dos programas de vida antagónicos.



✠ Raphaël Six

«**C**ree en ti mismo»: la autoconfianza es, hoy en día, uno de los valores más vendidos —y a un precio muy alto.

Ahora bien, las leyes de la oferta y la demanda nos llevan a concluir que si hay venta, hay interés, y si hay interés, posiblemente exista carencia. Nadie se preocupa por el aire acondicionado de su coche, salvo que deje de funcionar. Por lo tanto, esa piedra filosofal llamada seguridad y paz interior quizá sea tanto más buscada cuanto más difícil se ha vuelto encontrarla. ¿Acaso habrá desertado de nuestro mundo?

* * *

En las fotos que ilustran estas páginas vemos, por un lado, a Joseph Goebbels, ministro de propaganda nazi y colaborador muy íntimo de Hitler, hasta que se suicidó en 1945.

Su pasión era la de escribir. Sin embargo, los fracasos sufridos en este campo lo convirtieron en la persona ideal para armonizar con el *Führer*, un hombre que también había experimentado reveses, pues en su juventud había querido dedicarse a las artes visuales, pero sin éxito. Sus biógrafos señalan que el encuentro entre ambos fue el de un escritor frustrado con un pintor fracasado, que eligieron como segunda opción de carrera la dominación del

mundo. El destino tiene sus ironías y el orgullo humano también...

Goebbels se volvió un nazi convencido. Casado con una gran admiradora de Hitler y padre de seis hijos, tenía una familia que, a primera vista, representaba el modelo ario perfecto. Dominados por él, el cine, la radio y la prensa exponían su vida a la admiración de

todo el Tercer Reich: en el trabajo, en sus vacaciones, en su casa o cuando recibía la visita del tito Adolf.

No obstante, detrás de las apariencias, el gigante de la propaganda nazi no era más que un enano en el reino de los pigmeos. Y no se vea en esto sólo una referencia a la proverbial baja estatura de Goebbels, que hacía que incluso Hitler pareciera un hombre grande —no un gran hombre, algo mucho más difícil—, sino sobre todo a que Alemania, un país brillante, creció bajo el nazismo tanto que implosionó: de supernova, se transformó en un agujero negro, reduciendo a la nada cualquier cosa que se le acercaba, incluso la vida.

Al recordar todo este engaño, nos preguntamos: ¿cómo se explica eso?

En *Revolución y Contra-Revolución*, el Dr. Plinio denuncia la máxima revolucionaria calificada por él como «concepción inmaculada del individuo».¹

Como observó André Frossard,² después de que el pecado original fuera abolido por decreto filosófico, a partir de Rousseau, se decidió que el hombre nace bueno. No se debe desconfiar de uno mismo; al contrario, hay que escudriñar



Georg Pahl (CC by-sa 3.0)

Joseph Goebbels

en el interior de uno mismo el impulso para superarse. Ahora bien, cuando el hombre busca en sí aquello que le falta —una situación contradictoria— y no lo encuentra, ¿qué ocurre? Goebbels.

Actor por interés del Estado —o, mejor dicho, de la también denunciada por el Dr. Plinio «concepción inmaculada de las masas y del Estado»,³ la misma que llevaría a Alemania al suicidio antes mencionado—, no conseguía ocultar su propia inseguridad, delatada por la rigidez de sus gestos, mirada vacía, sonrisa forzada en labios de contornos inciertos. Todo esto indica la frustración de un hombre que adhirió al «cree en ti mismo», una proposición mucho más seductora que el axioma griego: «conócete a ti mismo».

Ahora bien, «la humildad es andar en verdad»,⁴ dice Santa Teresa, y añade: la verdad es que somos miseria y nada. Todo hombre pasa por momentos en los que la máscara de la «concepción inmaculada del individuo» se desmonta, revelando al desnudo lo que realmente es. En esos momentos, hay dos caminos: o intentar recolocar a toda costa, aunque sea de un tiro en la cabeza, como más o menos hizo Goebbels; o seguir el ejemplo de San Maximiliano María Kolbe.

Este religioso franciscano también se dedicaba a los medios de comunicación masiva. Y fue capaz de extender su radio de influencia hasta Japón, donde, sin inicialmente hablar una palabra siquiera de la lengua nacional, llegó a crear publicaciones que, juntas, superaban la tirada del millón de ejemplares —en un país ajeno a la fe católica, por decir lo mínimo.

Ahora bien, la fórmula de su éxito no estaba asentada sobre técnicas de *marketing*, sino sobre un principio: «No escribas nada que no pueda ser firmado por la Virgen María».⁵ Hombre de conciencia delicada, vigilante ante sus malas inclinaciones, se sabía débil. Por eso, se apoyaba en una entrañadísima devoción a Nuestra Señora, a quien invocaba especialmente bajo la advocación de la Inmaculada Concepción.



San Maximiliano María Kolbe

Kolbe también experimentó fracasos. En varias ocasiones lo vieron triste y ansioso, a veces lloraba ante los reveses. No obstante, nada le impidió superar los obstáculos, porque luchaba a la sombra de la Inmaculada. Veía «a la Virgen María en todas partes y, por consiguiente, dificultades en ninguna parte».⁶ Basta contemplar su mirada para convencerse de ello.

* * *

Ambos personajes murieron a causa del nazismo y sus cuerpos fueron incinerados, como para confirmar el versículo bíblico según el cual «una misma suerte toca a todos: al inocente y al culpable» (Ecl 9, 2). Pero en la otra vida, Kolbe fue recibido en los brazos de aquella en quien había depositado su confianza. Goebbels, en cambio, no podría salvarse a sí mismo.

Por lo tanto, «concepción inmaculada versus Inmaculada Concepción» no es un juego de palabras vacío, sino una síntesis de dos programas de vida, profundamente antagónicos en su punto de partida, en los medios y, sobre todo, en cuanto a su respectivo destino eterno. ✚

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Revolución y Contra-Revolución*. Bogotá: Fundación Salvadme Reina, 2024, p. 130.

² Cf. FROSSARD, André. *Excusez-mois d'être Français*. Paris: Fayard, 1992, p. 41.

³ CORRÊA DE OLIVEIRA, *op. cit.*, p. 131.

⁴ SANTA TERESA DE JESÚS. *Moradas del castillo interior*. «Moradas sextas», c. 10, n.º 8.

⁵ FROSSARD, André. *N'oubliez pas l'amour. La passion de Maximilien Kolbe*. Paris: Robert Laffont, 1987, p. 93.

⁶ *Idem*, p. 52.



El premio de la búsqueda y la espera

Los Magos llegaron a Belén, tras largas jornadas bajo el sol abrasador del Oriente Próximo, en busca del Rey más glorioso de todos los tiempos, y lo encontraron en una vivienda humilde. Sin embargo, en ningún momento experimentaron el más mínimo movimiento de decepción. Al contrario, entraron en la casa con toda solemnidad y

adoraron a aquel frágil niño que, no obstante, dejaba ver en sus rasgos y en su mirada el esplendor de la divinidad. En aquella noche brilló la gala más sublime de toda la historia, jamás superada por las refinadas cortes cristianas que florecerían más tarde.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP